



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

**RITUAL EN LAS ALTURAS: OFRENDA PARA
LOS VOLCANES POPOCATÉPETL E
IZTACCÍHUATL**

**TESIS O TESINA Y EXAMEN PROFESIONAL CON
CARACTERÍSTICAS DE REPORTAJE**

Que para obtener el título de:

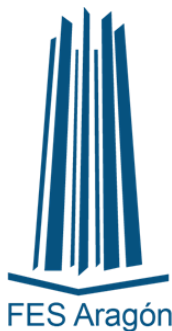
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

Presenta:

MARBETH SEVILLA VALDIVIA

Asesor:

LIC. MIGUEL ACOSTA VALVERDE





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Por este medio quiero agradecer infinitamente a mi alma mater, la Universidad Nacional Autónoma de México, por permitirme entrar a sus aulas, por dejarme ser parte de esta comunidad tan maravillosa de la Facultad de Estudios Superiores Aragón, que me ha enseñado la parte humana de la vida y del conocimiento.

Expreso mi sincero agradecimiento a mi asesor de trabajo de titulación, Miguel Acosta Valverde y al Licenciado Víctor Manuel García Santiago, por su dedicación, orientación y valiosas sugerencias a lo largo de este proceso. Su experiencia y conocimientos han sido fundamentales para el desarrollo y éxito de este trabajo.

En forma muy especial manifiesto mi gratitud a los campesinos y hombres sabios que en la comunidad de Santiago Xalitzintla me han abierto las puertas de su corazón, sus hogares y de sus recintos sagrados; sin ellos nada hubiera sido posible de entender.

Asimismo, quiero agradecer al tiempere de la comunidad, Antonio Analco Sevilla, y a su esposa, Inés Campos quienes se dedican a preservar las tradiciones locales. Su compromiso con la cultura y la historia de Santiago Xalitzintla ha sido una fuente de motivación y enriquecimiento para este estudio, también agradezco a mis compañeros de montaña Itzmazatl López, Christian Ávila, Jaime Popoca Coatl, quienes me compartieron su sentir y su amor por los volcanes.

A mi esposo Ezequiel López Romero y a mi hija de dos años Victoria Sofía López Sevilla; les agradezco por su apoyo incondicional, paciencia y comprensión durante esta etapa de mi vida. Su amor y apoyo han sido pilares fundamentales para alcanzar mis metas académicas.

No puedo dejar de agradecer a mi madre, Verónica Valdivia Martín, por su amor, aliento y constante apoyo. Su dedicación y ejemplo de perseverancia han sido un motor en mi camino hacia el logro de esta meta académica.

También quiero expresar mi gratitud a mi padre, Ángel Baltazar Sevilla Mateos, por su amor, sabiduría y apoyo incondicional. Sus valores y enseñanzas han sido fundamentales en mi desarrollo personal y profesional.

Agradezco a mis hermanos Brenda Sevilla Valdivia, Jocelyn Guadalupe Sevilla Valdivia, Verónica Sevilla Valdivia y Alejandro Sevilla Valdivia por su cariño, complicidad y aliento en cada paso de este camino. Su presencia ha sido un verdadero regalo en mi vida.

Quiero dedicar un especial agradecimiento a mis abuelos maternos, Mamá Tita y Papá Nono, quienes han sido una fuente inagotable de amor, sabiduría y cariño a lo largo de mi vida. Su apoyo y consejos siempre han sido invaluable y los llevo en mi corazón.

Por último, agradezco a mis abuelitos paternos, Guadalupe Mateos y Enrique Sevilla quienes me han legado las raíces y tradiciones de Santiago Xalitzintla. Su legado cultural y su ejemplo de fortaleza y perseverancia han sido una guía constante en mi vida y en este trabajo.

Sin el apoyo, amor y comprensión de todas estas personas y entidades mencionadas, este trabajo no hubiera sido posible. Mi más profundo agradecimiento a cada uno de ellos por su contribución en mi camino hacia la culminación de este reportaje.

Índice

A manera de introducción.....	1
El despertar del volcán.....	4
<i>Don Goyo</i> despierta en los años noventa.....	6
Mitos y Leyendas.....	10
En la época prehispánica.....	16
El culto al <i>Popo</i>	19
El pueblo que vive al pie del volcán.....	27
Celebraciones en Santiago Xalitzintla.....	31
Donde duermen los volcanes	38
Un lugar mágico.....	48
El corazón de <i>Don Goyo</i>	51
Guardianes milenarios.....	56
Antecedentes de los tiemperos.....	58
Su labor.....	65
Revelaciones.....	71
Antonio Analco Sevilla, tiempereo de la comunidad de Santiago Xalitzintla.....	79

Los majestuosos volcanes	89
Importancia de los colosos en México.....	89
El camino a <i>Doy Goyo</i>	94
Un viaje a <i>Doña Rosita</i>	107
A manera de conclusión	118
Fuentes de consulta	121

A manera de introducción

Desde la antigüedad, México se ha caracterizado por sus fervientes tradiciones como el Día de Muertos, el de la Virgen de Guadalupe, el Grito de Independencia y las posadas, entre otras que han sido documentadas innumerables ocasiones por escritores, productores de cine y televisión, pintores, escultores, bailarines y cantantes, quienes han dado cuenta de la grandeza que tiene nuestro país en este rubro.

Sin embargo, hay tradiciones muy locales que pertenecen sólo a los pobladores que habitan determinadas comunidades; en este reportaje hablaré de una de ellas, que da cuenta del fervor con que se vive el culto a los volcanes en la localidad de Santiago Xalitzintla, municipio de San Nicolás de los Ranchos, Puebla.

En este culto (manifestación esotérica de una religión) los pobladores ofrendan al Popocatépetl (hombre) y la volcana Iztaccíhuatl (mujer) que ellos mismos denominan *Don Goyo* y *Doña Rosita*, flores, cantos, danzas, alabanzas y alimentos para pedirles que las cosechas sean prósperas y que además “los libre de una erupción”.

Como lo cita Julio Glockner Lozada, reconocido autor de libros y artículos sobre estos colosos, actualmente es la fusión de la tradición prehispánica en la que se les rendía tributo por considerar que de ellos emanaba la vida y de la religión católica, ya que mientras los fieles piden por las extensiones de tierra y montañas, también ruegan a Dios ayuda en sus cosechas.

Los mismos pobladores de Santiago Xalitzintla afirman que ha sido Dios quien puso a *Don Goyo* y a *Doña Rosita* como guardianes de las montañas y son ellos quienes cuidan de los cráteres; además, tienen la encomienda de dar agua a las tierras de los pueblos asentados en sus faldas para garantizar buenas cosechas y la prosperidad de sus protegidos.

Los habitantes de esta reconocida comunidad están convencidos de que es el culto que profesan lo que les permite contar con lluvias en tiempos exactos, lo que beneficia sus siembras.

Hay fechas y horarios precisos; la ofrenda la encabeza el tiempiero encargado del ritual en turno, encomienda que durante el periodo de investigación de este trabajo

recayó en Antonio Analco Sevilla, quien recibió el don de su padre y que a través de sueños se comunica con la naturaleza.

También puede alejar granizadas que dañen las siembras; asimismo, cuando existen indicios de sequía, el tiempero hace su labor y el agua cae. Pareciera increíble, pero los pobladores son testigos de estos actos que reafirman la relación que él tiene con la deidad personificada de cada una de estas montañas.

El propósito de este reportaje está encaminado a conocer y analizar cómo es que esta tradición ha llegado hasta nuestros tiempos con todos sus cambios; es decir, cómo se comparte entre generaciones, además de conocer los ritos ceremoniales que se llevan a cabo actualmente, sobre todo en el Popocatepetl.

También se retomó el papel que juegan el riesgo, los desastres y la vulnerabilidad de este poblado, pues se encuentra a tan sólo 12 kilómetros del cráter, por lo que en caso de erupción los habitantes tendrían unos minutos para desalojar el lugar. En 1994 el volcán “despertó”, arrojó material incandescente y lava que corrió por una profunda barranca que rodea una parte del pueblo; estos hechos marcaron un antes y un después en el comportamiento de la población y su relación con *Don Goyo* y *Doña Rosita*.

En este reportaje se detalla la ambigüedad del comportamiento comunitario, ya que pese a la gran cantidad de información sobre los riesgos que se corren por vivir en ese lugar los pobladores aseguran que el volcán y la volcana los protegen, por lo que se resisten a ser reubicados o desalojados cuando el semáforo de alerta marca emergencia.

Aseguran que no están dispuestos a dejar sus viviendas, animales ni forma de vida tan sólo porque las autoridades señalen que hay peligro. Tampoco se puede dejar de lado el vínculo sagrado con la producción agrícola, es decir, con sus tierras.

Los objetivos de este reportaje son:

Documentar y describir la tradición de llevar ofrenda al Popocatepetl y al Iztaccíhuatl, una de las más importantes para los habitantes de Santiago Xalitlitzintla.

Abordar la cosmovisión a partir del reinicio de la actividad del Popocatepetl en 1994.

Exponer a profundidad el comportamiento socio-religioso del poblado en estudio, a través de sus tradiciones y su intrínseca relación con los volcanes.

Describir qué son los tiemperos, cómo llegan a adquirir el don, qué les permite comunicarse con la naturaleza y su relación con los habitantes. Aquí también precisaré las enseñanzas que me dio el actual tiempero Antonio Analco Sevilla.

Explicar cómo se organiza la comunidad para la ofrenda que se presenta a los volcanes en las tres distintas fechas en las que se sube a los colosos.

La metodología que se usó en este reportaje descriptivo fue la investigación de campo y el análisis de textos sobre rituales, ceremonias y culto a las montañas desde la época prehispánica y hasta la Conquista.

También se hizo una ardua investigación sobre la región de Santiago Xalitzintla, en cuanto a población, ocupación, religión, actividad económica, forma de vida y, principalmente, los usos y costumbres durante todo el año.

Se busca dar elementos para conocer cómo se comienza a transformar el culto a raíz de la llegada de los españoles y cómo en estas nuevas prácticas se incorpora la celebración pagana. En ese tiempo es donde comienza la persecución de los magos y curanderos, se da la mutilación de los dioses y la destrucción de los textos sagrados como consecuencia de la cristianización.

El despertar del volcán

“Largas vidas siguen velando el sueño de un volcán
Para un alma eterna cada piedra es un altar”
Saúl Hernández

Parece contradictorio vivir cerca de una montaña que puede arrojar ceniza sobre las casas y dañar a familias, pero con el paso de los años quienes viven alrededor del Popocatepetl han aprendido a conocerlo y tenerle respeto; incluso, dicen que tiene pacto de no agresión.

El estudio y la observación de los fenómenos volcánicos por parte de nuestros ancestros se remontan al tiempo de los mexicas y de otros grupos originarios.

Por tanto, hallamos su representación en varios códices náhuatl, que representan la columna de humo del cráter adornada con un lazo de cuello que simboliza al jade, la piedra preciosa del fuego.

Por su parte, el códice Tellerianus describe de forma gráfica el humo que llega a las estrellas; el códice Huamantla es el que particularmente representa al Popocatepetl (montaña que humea) en plena actividad, mientras el lienzo de Zacatepec y el códice de Cuauhtinchan también dan cuenta del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl.

Los grupos prehispánicos fueron testigos de importantes erupciones y dieron cuenta de que *Don Goyo* siempre destacó por su intensa actividad fumarólica.

Desde tiempos remotos, la actividad del coloso ha sido motivo de diferentes acciones para conocer su comportamiento; así encontramos en una lectura contenida en el Códice Mexica que antes de la Conquista, Moctezuma, preocupado por la actividad del *Popo*, mandó a uno de sus súbditos a que investigara el lugar de dónde provenían las fumarolas; posteriormente, Hernán Cortés también preparó una expedición para ascender a la cima del Popocatepetl y explorar su interior.

Se sabe que en repetidas ocasiones el conquistador envió a grupos de soldados, aunque ninguno tuvo éxito. Sin embargo, ahora se conoce que más allá de la simple curiosidad de comprender el Popocatepetl, a los españoles les apremiaba la necesidad de obtener azufre para fabricar pólvora y usarlo en su armamento.

Cuenta *La Crónica de la Nueva España* que tocó a Montaña (uno de los expedicionarios) entrar siete veces al cráter, del cual extrajo casi ocho arrobas y media de azufre. Según sus narraciones:

“...era cosa espantosa volver los ojos hacia abajo, atemorizaba el fuego y la humareda que, con las piedras encendidas de rato en rato, aquel fuego infernal despedía”. Dicha versión nos indica la actividad que registraba el Popocatepetl en 1521 (Cervantes, 2004).

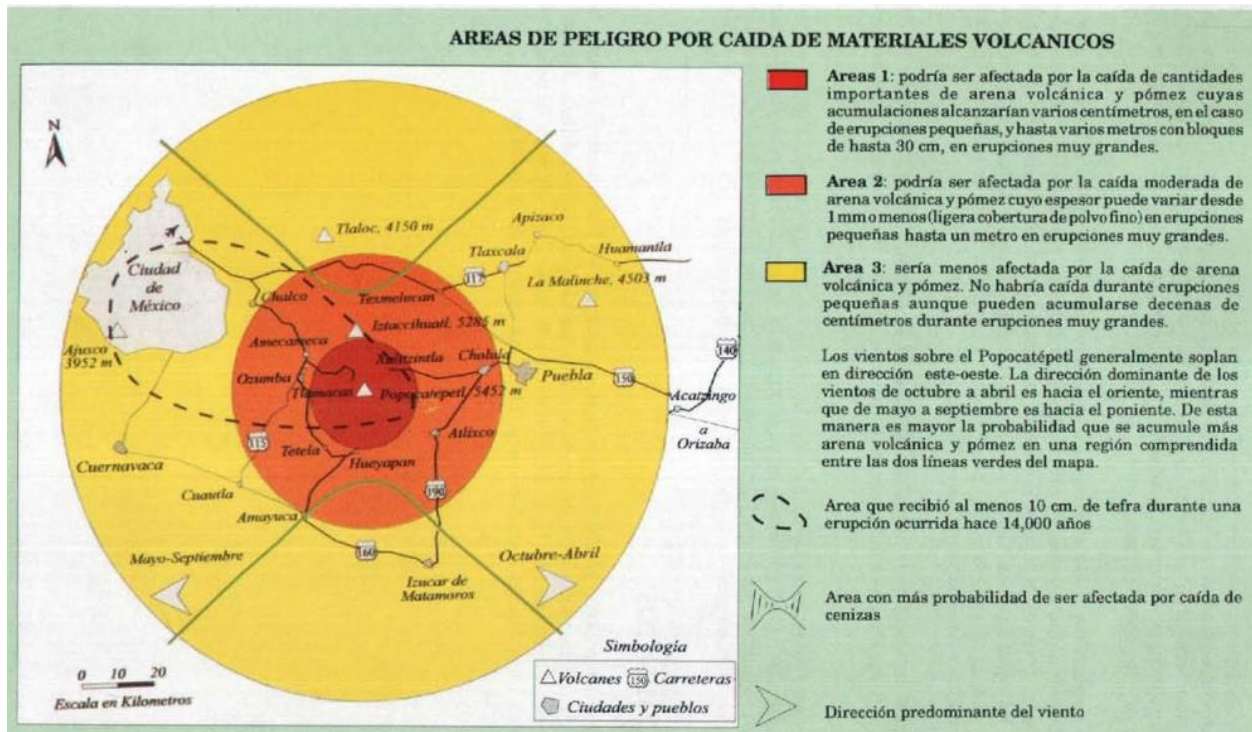
Según datos contenidos en la obra del padre Betancur, *Teatro Mexicano*, en 1663 el Popocatepetl registró fuerte actividad volcánica que incluso llegó a Chalco, municipio del Estado de México:

“[...] tiene una gran boca en la cima y echa por ella un gran penacho de humo tan grueso y tan espeso que se ve de muchas leguas subir por la región del aire. A veces arroja ceniza y la esparce a los pueblos comarcanos y ha llegado hasta Puebla, Tlaxcala y Chalco. El año de 1663, el 13 de octubre a las tres de la tarde levantó un plumaje de humo tan denso que oscurecía la región del aire” (1870, 77)

Datos históricos muestran que entre 1539 y 1549 se produjeron reacciones explosivas moderadas; ya en el siglo XX, en 1947 ocurrió una erupción de consideración, pero fue en 1994 cuando empezó el despertar del volcán.

Don Goyo despierta en los años noventa

Espinasa (2014) menciona en *Historia de Actividad del volcán Popocatepetl 17 años de erupciones que* después de un largo periodo de sueño tuvo un violento despertar: el 21 de diciembre de 1994 se produjo la primera emisión de ceniza en casi 70 años, la cual causó gran inquietud entre la población y sobre todo en las autoridades; fue tan grave la situación que algunos de los poblados más vulnerables situados en el flanco noreste del volcán fueron desalojados.

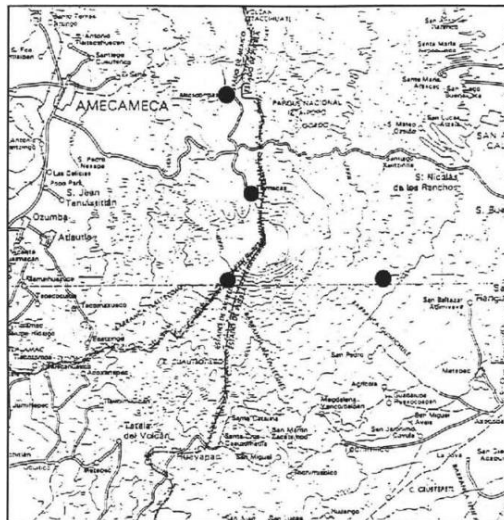


Zonificación de las áreas que podrían ser afectadas por caídas de materiales volcánicos en 1994.

En la Ciudad de México, el aeropuerto suspendió actividades por falta de visibilidad debido a la caída de ceniza, que también cubrió casas, autos, techos, árboles y calles. Era la primera vez en décadas que la montaña que humea mostraba qué tan fuerte podía ser.

También Espinasa (2014) añade que durante 1995 hubo actividad con frecuentes exhalaciones de ceniza; sin embargo, según las autoridades competentes, no se trataba de material que dañara a la población. El 4 de enero de ese año, el Centro Nacional de

Prevención de Desastres, Cenapred, instaló la estación sísmica telemétrica de Canario en las cercanías del antiguo albergue de igual nombre, apenas a dos kilómetros del cráter; dos días después, se habilitó la estación Bonsai cerca del camino entre San Baltazar Atlimiyaya y en Santiago Xalitzintla, a unos nueve kilómetros del cráter en el lado oriental. Se colocó además una cámara de televisión que transmite desde Altzomoni la imagen de *Don Goyo* en tiempo real. Posteriormente, en junio, el Instituto de Geofísica de la UNAM publicó el *Mapa de Peligros del Popocatépetl*.



Localización de las estaciones sísmicas con que se contaban en el volcán Popocatépetl en diciembre de 1994

En 1996 el coloso exhaló gases, expulsó ceniza, piedras y material incandescente; además, un gran hongo gris lo coronó durante horas y un manto de ceniza se extendió sobre las comunidades aledañas; los vientos llevaron la ceniza hasta la capital del país y alrededor del volcán miles de personas dejaron sus hogares.

El 30 de abril de 1996 se informó que cinco alpinistas, cuatro hombres y una mujer, fallecieron al rebasar la zona restringida de 12 kilómetros de distancia debido a que fueron alcanzados por fragmentos incandescentes (Espinasa, 2014).

El 3 de mayo el periódico de circulación nacional *La Jornada* (1996) publicó que hallaron los cuerpos calcinados de las cinco personas que pertenecían a la Escuela Mexicana de Alpinismo; esta noticia conmocionó a México e impactó a todo el mundo.

Se supo que José Guadalupe Mandujano Hernández, José María Ontiveros Ortega, Salustia García González, César Romero Juárez y Eduardo Ortiz Flores decidieron escalar para investigar y grabar la actividad volcánica de *Don Goyo*, pero se acercaron más de lo permitido, lo que les costó la vida (Velasco, M. y Salanueva, P., 1996).

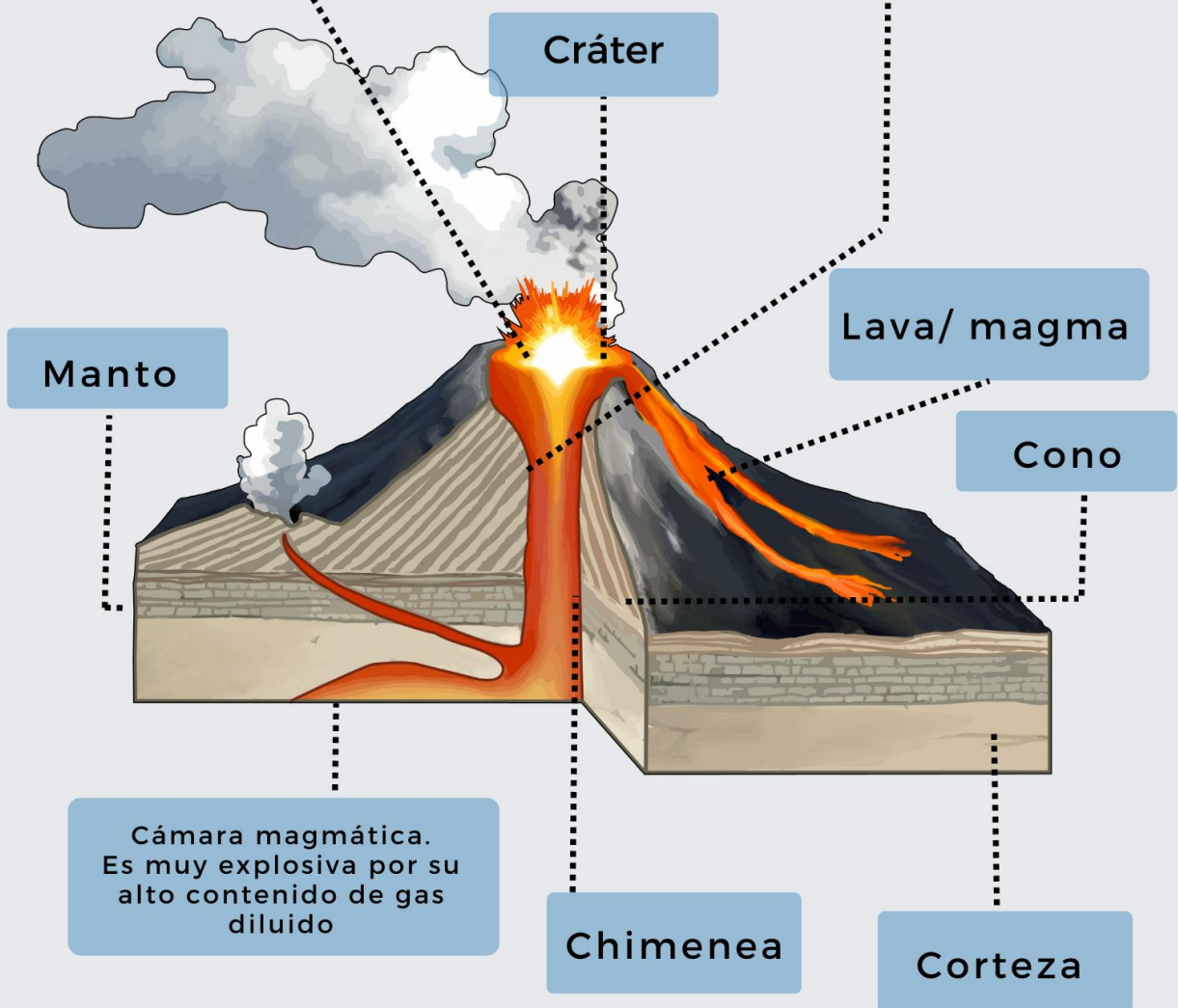


Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

ANATOMÍA DE DON GOYO

Con el tiempo, la actividad volcánica crea un domo. Éste crece hasta que explota y de nuevo comienza el ciclo.

El Popocatépetl es un estratovolcán está formado por múltiples capas de lava, roca y cenizas



Mitos y leyendas

De acuerdo con el texto *Pueblos Indígenas del México Contemporáneo*, de Federico Navarrete Linares (2008), durante siglos los pueblos existentes sobre la Tierra han intentado dejar la historia de su cultura para poder ser comprendidos o aportar sus conocimientos; de ahí que existan códices, pinturas, vasijas, edificios, armas y ofrendas, entre muchos otros testimonios que nos permiten conocer en gran medida el vivir de cada grupo cultural.

Nuestros ancestros mostraban mucho interés en la forma en que la naturaleza se comportaba, de cómo aparecía determinada especie animal o alguna planta en especial y sus propiedades; eso indica que en todas las culturas existan explicaciones, que transmitidas de generación a generación dan cuenta del origen de cada elemento que hoy acompaña la vida humana.

Dada la grandeza mística del Popocatepetl se han gestado innumerables mitos y leyendas que los mismos pobladores de comunidades asentadas en sus faldas comparten con propios y extraños para dar cuenta de “su personalidad”, que en la mayoría de las ocasiones resulta protectora, pero que también se impone con increíble fuerza.

Es sabido que los pobladores de zonas muy cercanas están convencidos de que *Don Goyo* es alguien muy superior a los humanos con una fuerza desmedida, pero que también ofrece cariño similar al de un padre que cuida y vigila a sus hijos; incluso hay quienes lo veneran como a un padre o a un abuelo.

Así lo menciona en entrevista Jaime Popoca Coatl, habitante de Xalitzintla, quien sube al Popocatepetl y al Iztaccíhuatl desde hace cinco años:

“Yo les llamo abuelos porque nos proveen de alimentos, salud, conocimiento y sustento. De la misma manera que un abuelo entrega lo mejor de sí a sus nietos, incluso con más atención y experiencia que los propios padres; además, también les llamamos así por el tiempo que tienen en este planeta.”

Por su parte, Cristian Ávila, quien tiene más de cinco años subiendo a los colosos y vive en Santiago Xalitzintla, les llama abuelos a los guardianes de las montañas, en este caso, a las energías que se encargan de cuidar al volcán, llámese *Popo (Don Goyo)* y también a *Izta (Doña Rosita)*.

Para fortalecer la idea del reconocimiento a los abuelos, y de ahí llamar a los volcanes en señal de respeto, habría que citar a Beatriz de la Fuente, doctora en historia e investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y perteneciente al Sistema Nacional de Investigadores, en su artículo “La vejez en el arte de Mesoamérica” (2003), de la revista *Arqueología Mexicana* número 60:

“La vejez en Mesoamérica era algo muy respetado e importante, ya que los abuelos son los sabios, energías viejas que habitan más allá del tiempo que acogen y encausan, sus actos trascienden el acontecer cotidiano para confundirse con el mito, sus pasos definen nuestra estancia y ser en el mundo.”

Al retomar un aspecto más místico, hace aproximadamente 20 mil años las bajas temperaturas permitieron la aparición de una flora compuesta por zacatonales y espesos bosques de cipreses y abetos por donde deambulaban manadas de caballos, antílopes y mastodontes.

De acuerdo con Julio Glockner en su obra *Los volcanes Sagrados, mitos y rituales en el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl, México*:

“Al final del periodo Pleistoceno los habitantes de estas tierras, los vieron extinguirse. De aquella fauna existen algunos restos fósiles con los que los paleontólogos elaboran fascinantes suposiciones: sus hipótesis hacen surgir sobre la superficie de una página la entrañable silueta de un mamut caminando pesadamente por estos valles” (1996, 20).

En *Los Volcanes Sagrados, Parque Izta-Popo*, de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) se menciona que el origen y la formación del Popocatépetl han marcado también el principio de los asentamientos de los grupos

humanos alrededor del cráter, que habitaron sus faldas; así fue como se le empezó a dar forma a los relatos acerca del volcán.

Hay muchas versiones sobre cómo fue que nació el Popocatepetl, pero independientemente de su origen, todas dan por aceptado que es alguien verdadero y real.

El mismo documento de la dependencia destaca que desde tiempos prehispánicos los indígenas de nuestro país se han interesado por conocer, observar y estudiarlas. El caso del *Popo* no es la excepción; por ello, a lo largo de la historia encontramos diversas versiones sobre su origen.

Los mexicas que se asentaron en sus faldas consideraban que los volcanes habían surgido después de que los mares invadieron la Tierra, esto es, en la edad del predominio del fuego, llamado Tletonatiuh en la mitología náhuatl, época en la que brotaron las enormes corrientes de lava y cráteres encendidos. Y como sólo los pájaros podían escapar del incendio general, cuenta la leyenda que todos los hombres se convirtieron en aves, con excepción de uno que con su mujer se salvó en el interior de una caverna.

De esa manera, y siguiendo con las creencias mexicanas, se convirtieron en dioses y veneraron a los colosos al paso de los siglos, incluso anotaron en códices su historia y relacionaron los paroxismos con los terremotos locales y los efectos de ambos.

Por otra parte, desde hace mucho tiempo el Popocatepetl ha sido un objeto de estudio e inspiración de varias culturas en diferentes tiempos, de tal forma que muchos grupos étnicos cercanos a su región han creado diferentes narraciones sobre su origen.

Según las *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, en 1347 *Don Goyo* tuvo una suerte de acta de nacimiento en el lenguaje; ya que, según este documento, el “monte que humea” tenía hasta ese momento el nombre de *Xaliquehuac*, que significa arenales que se levantan.

Sin embargo, a raíz de la evangelización cristiana, el cráter adquirió el nombre de *Gregorio*, lo que ha sido calificado como una manera de ocultar las prácticas paganas de nuestros antepasados hacia el volcán.

Y es precisamente, en el marco de descubrir o tratar de hallar el origen mítico del Popocatepetl que encontramos escasas historias verbales sobre el tema. Por ejemplo, en algunos de los poblados más cercanos, como en Santiago Xalitzintla y San Nicolás de los Ranchos, resulta difícil encontrar personas que conozcan la historia sobre el origen del coloso, aunque a decir de la mayoría de los habitantes tienen una gran creencia en la deidad que el Popocatepetl ha sido y representado para ellos.

Una leyenda heredada de manera verbal cuenta que Popocatepetl nació después que Iztaccíhuatl, y ya que era un mundo de dioses hombres, la *Mujer Dormida* no podía existir. Con el paso del tiempo, el *Popo* debió vencer con erupciones a Iztaccíhuatl. De ese modo triunfó el patriarcado sobre el matriarcado, al cambiar ella de género.

También se debe precisar que en el mundo indígena dichos volcanes nunca fueron vistos como pareja.

Un gran ejemplo de lo anterior está en los mensajes y escritos que aparecen en diversos códices como el Mendocino, donde aparece el *Popo* como un cerro y el *Izta* ni siquiera se menciona.

Caso contrario es lo que sostiene el códice de Atlas Durán, que refiere sólo la presencia de Iztaccíhuatl y aquí el *Popo* no es mencionado. Ahí la *Mujer Dormida* aparece como una diosa y no como una madre.

En el códice Florentino, Popocatepetl y el Iztaccíhuatl están representados por separado y posteriormente ambos son considerados como una dualidad. El *Popo* es el humo y la noche y *el Izta* es el Sol y el día.

También se habla de que los mismos españoles negaron la condición femenina de Iztaccíhuatl, pero temían en exceso a los efectos destructivos del Popocatepetl.

Y por tanto, se cree que inicialmente dicha concepción de tales fenómenos pudo ser una limitante a la evangelización de los naturales que habitaban en las faldas del volcán.

Basados en el texto de David Carbajal López, titulado *Iztaccíhuatl de Diosa a Princesa*, en el siglo XIX se comienzan los rumores de la historia romántica entre estos dos volcanes, donde la princesa Mixcli amaba a un guerrero llamado Popoca, quien se va a la guerra para conquistar el título de Caballero Águila.

Ante el gran dolor que sentía, Mixcli se quita la vida sin imaginar que Popoca regresaría triunfante. Éste, al enterarse de la muerte de su amada, la toma entre sus brazos y se dirige a la montaña permaneciendo a sus pies esperando que la nieve la despertara para poderse unir a ella.

Por el carácter romántico que toma esta historia, muchos de los habitantes (no sólo de las faldas del volcán) tienen arraigada esa historia sobre los colosos; por lo mismo, algunas personas tienen la creencia que cuando está nevando es porque los volcanes se están casando.

Asimismo, existen narraciones de pobladores que cuentan que “hubo un tiempo en que los cerros y los volcanes eran y caminaban como nosotros”; este relato también es plasmado en una de las obras de Julio Glockner, llamada *Los Volcanes Sagrados* (1996).

Allí se cuenta que un día los volcanes dijeron “vamos a echar una carrera a ver quién se sienta en el trono de oro”.

— “¡Bueno!”

Y los dos que se arrancan a correr, pero en el camino le dieron ganas de hacer del baño a Jantetelco y que se sienta a hacer; entonces, es el *Popo* el que se adelanta y se sienta en el trono.

Luego, como el Jantetelco había perdido la carrera, le tuvo envidia a Popocatépetl y le mandó varias víboras, pero se murieron de frío al pie del volcán; le mandó alacranes, pero se murieron de frío al pie del volcán; entonces le mandó un rayo y le tiró el sombrero

de nubes. El *Popo* dijo ahora voy yo, y le mandó un rayo que lo partió en pedazos, esos pedazos son los cerros que se ven debajo de *Don Goyo*. Este relato es común escucharlo dentro de la comunidad de San Nicolás de los Ranchos, municipio donde está enclavado Santiago Xalitzintla.

Al paso del tiempo muchas de las comunidades que se asientan en los alrededores de los volcanes han perdido las historias que les fueron narradas por sus ancestros.

Solamente algunas personas de edad avanzada son las que nos pueden deleitar con las narraciones de su volcán.

Y aunque las nuevas generaciones que viven en las faldas observan al coloso de una manera mística y sagrada, muy pocos conocen de los relatos que de padres a hijos se han transmitido de manera oral con la única finalidad de explicar y demostrar de dónde nace o se ha originado la personalidad Popocatepetl.

A pesar de que los jóvenes desconocen las raíces del volcán, se expresan de él con mucho respeto y admiración, no sólo por la “magnificencia” de la “Montaña que humea”, sino también por las diversas manifestaciones naturales que emite.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

En la época prehispánica

En el libro *Los volcanes sagrados, mitos y rituales el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl* se sostiene que nuestros antepasados de la cultura prehispánica que convivieron con el Popocatepetl practicaban distintos ritos en su honor, ya que los asociaron con muchos dioses que existían en el mundo politeísta (Glockner, 1996).

En entrevista con la licenciada en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Janet Elizabeth Reyes Bolaño, quien dedicó su tesis al análisis de la cosmovisión indígena usando el marco teórico en transculturación, el cual plantea que cuando entran en contacto dos mundos surge una nueva realidad de civilización en donde esta nueva realidad sería la manera de comprender el cómo se adecúan creencias con el paso del tiempo.

Sostiene que las culturas prehispánicas tenían una religión politeísta basada en el simbolismo de lo dual o complementario, o como lo ha llamado Alfredo López Austin, opuestos complementarios; lo anterior quiere decir que no puede existir uno sin el otro: se alimentan, se fusionan y se generan a partir de una dualidad.

Agrega que las culturas creían en una diversidad de dioses y todo lo que pensaban del mundo, del universo y de ellos mismos tenía razón de ser en ellos. Si observaban algún evento natural, como por ejemplo la lluvia, le daban una respuesta a partir de que existía un dios que la generaba.

La manifestación espectacular de actividades volcánicas estimuló tanto, de algún modo, el temor de los habitantes de las faldas del volcán que se reforzó en los antiguos mexicas la realización de importantes ceremonias de las deidades que encontraban en él.

Justo en ese contexto es donde se ubica el origen de cada nombramiento de los volcanes, nombres que surgen de las características propias de cada monte o montaña que forma parte de la cadena que atraviesa a nuestro país.

En el caso del Popocatepetl, los mismos habitantes de las faldas definen la relación que tienen con *Don Goyo* como un lazo que supera las condiciones físicas.

Incluso para los pobladores de Santiago Xalitzintla, la presencia del volcán resulta similar a la de una persona.

La creencia de que es algo más que una montaña es un sentimiento generalizado entre la población. Por lo tanto, al menos para los habitantes de las comunidades cercanas al coloso, el Popocatepetl posee un carácter de deidad.

Johanna Broda, titular en el área de investigación de historia de los pueblos indígenas en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, explica que para los mexicas el Popocatepetl era la forma gráfica de un dios, seguramente Tláloc, y esos pobladores relacionaban al volcán con esa deidad por la emanación de agua que surtía en buena medida a las comunidades cercanas.

Más aún, para el antropólogo alemán Eduard Seler la concepción del dios que daba a los pueblos lluvia se asociaba “más o menos conscientemente y hasta se confundía, en cierta medida, con la deidad considerada como guardiana y protectora o como principio vivo de la montaña”. Éste resulta ser el equivalente al Tonalli o espíritu de la montaña.

Para fortalecer la idea anterior, se sostiene que a raíz de la colonización de México por los españoles se impuso la tradición cristiana por encima de la religión politeísta, la cual practicaban nuestros antepasados. Por eso encontramos que Jesucristo desplazó al dios de la lluvia; de ahí que en una de las letanías que cantan los poblanos nativos se refieren al volcán Popocatepetl como Montaña de Cristo, y al espíritu guardián o principio vivo de la montaña lo llaman Gregorio Popocatepetzintli.

En una conversación con don Antonio Analco Sevilla, actual tiempero de Santiago Xalitzintla, mencionó que Dios creó a los volcanes para que cuidara de los pobladores; asegura que Dios habla con el volcán y éste sigue las órdenes que aquél le da; es decir, el volcán se convierte en una especie de guardián de los habitantes que se encuentran viviendo en sus faldas.

Por la importancia del Popocatepetl, durante su existencia ha sido nombrado de diversas maneras.

De acuerdo con algunas narraciones, además de llamarle Cerro que humea, en 1519 se le denominó Popocatezin, nombre que significa El Gran Humeador, que más correcto sería “humeadorcito” ya que *tzintli* es diminutivo afectuoso.

El culto al *Popo*

La historiadora Janet Reyes Bolaño explica que los dioses y sus cultos tenían algunas diferencias, según la región geográfica; sin embargo, la religión mexica fue la que más predominó. Ellos tenían a un dios principal: Ometéotl el dios dos o dios dual, creador del mundo, del cual habían nacido todos los demás dioses y los hombres. A su forma masculina la denominaban Ometecuhtli y a la femenina Omecíhuatl; ellos habían creado el mundo y todo lo existente en él.

Esta pareja creadora tuvo cuatro hijos: Quetzalcóatl, relacionado con el color blanco, el rumbo del oriente, la luz y la sabiduría; Huitzilopochtli era el dios de la guerra, del rumbo del sur y del color azul; Tezcatlipoca, al que más le temían porque todo su cuerpo estaba pintado de negro, estaba vinculado con el rumbo del norte, la oscuridad, la noche, la muerte y el color negro; por último, Xipe Totec, asociado al color rojo y al oeste.

Esto es lo que nos cuenta *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (que es una fuente primaria de tradición indígena) sobre el origen de los dioses.

En conclusión, nacieron de un dios principal que era dual: masculino y femenino tuvieron su principal desdoblamiento en los mencionados.

Estos cuatro dioses poseían otros diversos desdoblamientos y representaban distintas cosas en el mundo real. Por ejemplo: Quetzalcóatl era el ave quetzal, el sol de día y la luz, mientras *Tezcatlipoca* era el jaguar, la noche estrellada y la luna.

Janet Reyes también relata que en el caso de Tezcatlipoca le ofrecían un ritual que le llamaban Toxcatl; en él se sacrificaba a un hombre que se había preparado por un año para representar a este dios en la Tierra; se untaba colorante negro en todo el cuerpo y tocaba la flauta mientras iba camino a su sacrificio.

El objetivo del ritual era darle una ofrenda a *Tezcatlipoca* para que no mandara males en el mundo, como temblores, hambruna y decadencia. Si se le hacía ritual al dios de la lluvia Tláloc era en señal de respeto y para que provocara la lluvia si la cosecha lo

requería o, en su defecto, que no lloviera tanto si no era necesario. Los rituales tenían relación con su calendario agrícola.

A manera de conclusión, la historiadora menciona que la religión era politeísta, simbólica y dual. Había nacido de observar el mundo y darle respuesta a eso inexplicable. Para ellos las montañas, el sol, la lluvia, luna, etcétera, eran dioses.

En el libro *El Sol Dios y Cristo, la cristianización de los Indios en México vista desde la sierra de Puebla*, de Guy Stresser-Péan (2005), se menciona que alguna concepción de un poder sobrehumano se encuentra en todas las prácticas religiosas, y este poder asume muchas formas: dioses de distintos índole y carácter, fantasmas y espíritus o alguna fuerza abstracta e impersonal; en este caso, el volcán Popocatepetl es el poseedor de un poder particular que se relaciona con lo llamado sobrenatural.

De esta manera, la veneración y la creencia en dicha deidad se ha hecho una costumbre en los pueblos aledaños, está arraigada a su tradición y es sumamente importante para ellos, ya que les da un sentido de pertenencia y los identifica entre sí.

Así, la comunidad se prepara para la ceremonia del Popocatepetl; se organiza porque creen en los guardianes de la montaña y su ritual consta de alabar a los cerros para dar gracias. La intencionalidad individual se expresa de manera colectiva a través del tiempéro, quien aparece como el intermediario y el principal sujeto para que se lleve a cabo dicho acto.

Fernando Botero y Lourdes Endera, en su trabajo de investigación *Mito, rito, símbolo. Lecturas antropológicas* (2000), afirman que los ritos son maneras de actuar que surgen en el seno de grupos reunidos y que están destinadas a suscitar a mantener o rehacer ciertas creencias, sirven para mantener la vitalidad de los mitos y revivir los elementos más esenciales de la conciencia colectiva.

Durante las entrevistas a pobladores de Xalitzintla para este trabajo, se pudo conocer que el culto al Popocatepetl es muy importante para la vida de las comunidades, porque les ayuda a garantizar una buena siembra y la exitosa recolección del maíz, así como el buen término de las cosechas, la llegada oportuna de la lluvia y, principalmente, el bienestar de la población.

Para los habitantes, el rito expresa la esperanza de que haya buenas cosechas; es asumido con responsabilidad el agradecimiento por todos los beneficios recibidos en el pasado y se hace una marcada reverencia al honrar a su protector, que los une, lo que se transmite de generación tras generación.

Recordemos que sin creencias, las tradiciones y las aspiraciones de una comunidad dejan de sentirse y compartirse, por tanto, la sociedad morirá; como lo menciona Jean-Paul Sartre en su obra *Existencialismo es un humanismo*: “la divinidad no tiene realidad más que en la medida en que tiene un lugar en las conciencias humanas, los dioses no pueden subsistir sin sus fieles, así como éstos sin sus dioses” (1946, 15).

La llamada zona del piedemonte poblano ha tenido importancia desde la época prehispánica, ya que fue asiento de pequeños centros ceremoniales.

En el relato del antropólogo Glockner *Los volcanes sagrados. Mitos y Rituales en el Popocatepetl*, se destaca que eran sitios sagrados; en ellos se celebraba el sacrificio a Tláloc y a Chalchiuhtlicue, diosa del agua. Ritos agrícolas proporcionaban las buenas siembras y cosechas, así como la reverencia obligada a uno de los dioses primigenios. Específicamente, al Popocatepetl se le dedicaba una de las fiestas principales del mes que consistía en lo siguiente:

“Hacían cerros de masa de bledo (alegría o amaranto) colocando en medio uno más grande que otro que representaba al volcán. Después arrojaban a los cuatro puntos cardinales maíz de cuatro colores: negro, blanco, amarillo y entreverado; la fiesta concluía con solemnísima danza” (Ismael Arturo Montero García, *Atlas Arqueológico de la Alta Montaña Mexicana*, 2002, pág.49).

Vestían un traje telar blanco pintado con corazones y manos abiertas, que simbolizaban la petición de buenas cosechas para el temporal, y danzaban con bateas de madera y grandes jícaras como pidiendo limosna a sus dioses; también llevaban a la danza dos esclavas hermanas jóvenes que significaban una el hombre y otra la hartura; ambas eran sacrificadas al volcán.

La maestra en geografía, Esperanza Yarza, dedicada a la investigación de los volcanes, en especial mexicanos, menciona en su libro *Los volcanes de México* (1992), que también el Popocatepetl era venerado en las fiestas de los cerros (Tepelhuít), en donde los indígenas hacían imágenes con figuras humanas de cada uno de los montes, con la masa de las semillas que colocaban sobre unas rosas de heno atados a sogas de zacate.

La cabeza del monte tenía dos caras, una de una persona y la otra de una culebra; a la primera le ponían sobre las mejillas unas tortillas pequeñas y amarillas de la masa de blendo; a estas imágenes las cubrían de papel de colores y les ponían coronas con penacho sobre las cabezas. Después de las ceremonias desbarataban las imágenes para comérselas y los papeles con los que habían sido aderezadas se colgaban en el oratorio (*ayahucalli*) para la fiesta siguiente.

En los oratorios se incensaba a los dioses, les ofrecían comida, les decían cantares de sus loores y bebían en su honra. Sacrificaban cuatro doncellas y a un joven, a los que adornaban con muchos papeles de colores llenos de resina y conducían en literas hasta el lugar de la ceremonia acompañándolos con cantos.

Esta fiesta, como señala Salvador Rueda en su obra *Los volcanes, símbolos de México*, era realizada el 27 de octubre, fecha que corresponde a los inicios de la cosecha. Nuestros ancestros personificaban a los volcanes haciendo pequeñas maquetas de masa con caras y ojos que pintaban con hule; representaban en pequeña escala el cosmos de los *nahuas*.

Frente a los volcanes caracterizados se hacían ofrendas de copal, luego cortaban las cabezas de las figuras y se las comían porque estaban elaboradas de masa.

Posteriormente lanzaban maíz a los cuatro puntos cardinales, bailaban y pedían buenas cosechas, además de ahuyentar tanto al hombre como a la hartura; también sacrificaban niños y esclavos.

De esta manera, hacia el último siglo de la historia prehispánica, el Popocatepetl junto con Iztaccíhuatl eran los protagonistas vivos del mundo nahua.

Del Popocatepetl resalta la doble característica de ser el cerro al que reverenciaban los indios antiguamente por ser el más importante de todos los cerros, fuente de poderes relacionados con el agua y dios vivo, representable.

Robert Ricard, autor del libro *La conquista espiritual de México (1986)*, menciona que con el arribo de los conquistadores españoles surge una nueva representación en la cual el Popocatepetl, así como todos los cerros, dejarían de ser los guías espirituales del mundo indígena, dando lugar a un orden occidental en el que el hombre y la naturaleza dejan de ser uno solo; asimismo, dejarían de ser los árbitros de los dones materiales, los que daban sentido y significado de posibilitar la vida y cobrar con la muerte.

Después, la población nativa hizo que el Dios cristiano y su amplio santoral cumplieran gradualmente las funciones de sus antiguas deidades: proporcionar la lluvia, favorecer el crecimiento de los cultivos, procurar el bienestar de los pueblos, sanar a los enfermos y, en general, cumplir favores personales, tareas todas ellas, que no eran desconocidas por el Dios trinitario, las vírgenes y los santos.

Más tarde, con el paso del tiempo y ante la nueva cultura, estos ritos agrarios ven en el catolicismo español un espacio físico, una organización ceremonial y un pensamiento mítico, surgiendo un sincretismo religioso de dos culturas diferentes.

Al Popocatepetl se le anexaría el nombre del santoral religioso: Gregorio. Según Julio Glockner en su obra *Los volcanes Sagrados (1996)*, en el diccionario etimológico comparado de nombres propios del escritor Gutierre Tibón se relaciona con los verbos griegos, vigilar, despertar, excitar, velar, y que corresponde al latín Virgilio que tiene que ver con los conceptos de “tener fuerza vital”, “poseer aún todas las energías”, “ser vigoroso” y “estar despierto”.

Posiblemente al Popocatepetl le tocaría este nombre del santoral católico establecido por los españoles debido a lo que significa la palabra, al relacionarlo con el sentido que le daba la gente al monte.

Y aunque costó trabajo “erradicar” tales costumbres durante la época colonial, la gente continuó esa relación mágica con la naturaleza, que con el paso del tiempo se convertiría en una tradición, aunque ya no serían venerados con sacrificios y algunos

elementos que se acostumbraban, sino con otro tipo de ofrendas, resultado de la combinación de una sociedad contemporánea con raíces prehispánicas.

Modernidad en la tradición indígena

El campesino mexicano supo conservar sus creencias indígenas; este mundo agrario, aparentemente, no es un cosmos desacralizado como el universo urbanizado. Tal como se expresa en el texto *Pedidores de lluvia del altiplano central mexicano*, la naturaleza no ha sido plenamente entregada a la sensibilidad del alumno que predomina en la mentalidad tecnologizada, sino que existe la posibilidad de concebir en este mundo campesino a un volcán como una hierofanía, es decir, como una montaña en la que se manifiesta lo sagrado y con lo cual es posible tener un intercambio benéfico mediante un trato ceremonial (Glockner, 1999).

Mircea Eliade menciona en el libro *Lo sagrado y lo profano* (1957), que en el mundo indígena se puede rendir culto a una planta o a una montaña; a esto se le llama hierofanía; es decir, se les rinde culto no por ser plantas o montañas, sino porque en ellas se revela lo sagrado, porque son un asiento de la divinidad, y esto es precisamente lo que las transforma en sagradas, lo que las distingue entre otras.

Christian Ávila en su ascenso va depositando a los pies de los árboles regalos esculpidos de barro, afirma que el amor es una forma de energía que no se destruye sino se transforma en los árboles y las plantas; él menciona que deja el recuerdo de personas cercanas que ya fallecieron, pues es una forma de rendirles tributo y de algún modo agradecerles por lo aprendido y lo vivido, incluidos sus antepasados y ancestros.

Destaca el sociólogo Émile Durkheim en su obra *Las formas elementales de la vida religiosa* (2012) que, en forma general, al sistema religioso que se dirige a las cosas de la naturaleza por su representación física, ya sean los vientos, ríos, astros, cielos, montañas, etcétera, se le da nombre de naturalismo. Cuando se habla de la particularidad de los poderes que se le atribuyen, de esos seres espirituales y divinidades, se llama animismo.

Así se determina que lo que gira en la actualidad en torno al volcán Popocatepetl son una serie de iconos que dependen de los diversos grupos sociales, en donde la

población rural es la que está más relacionada con la naturaleza, lo que ahora se manifiesta en sus rituales, a pesar de los constantes embates de lo que hoy es la modernidad.

Las ceremonias en la actualidad

El culto es un sistema de ritos, de fiestas, de ceremonias diversas que presentan todos los caracteres de repetirse periódicamente; en ellas reafirman y estrechan un vínculo que los une a los seres sagrados de los que dependen.

En Puebla, al Popocatepetl se le hacen cada año por lo menos dos, una de ellas el 2 de mayo con motivo de la Santa Cruz, que marca el comienzo de la temporada de lluvias; la otra, el 12 de marzo, día de San Gregorio.

A decir del tiempero Antonio Analco, en lo que respecta a la actual que se realiza en el Popocatepetl, el número de personas varía según los días en que se dé la celebración, debido a que muchas personas que llegan de la ciudad de Puebla trabajan; los días en que es más visitado *Don Goyo* son los fines de semana.

Suben todos los pobladores y foráneos con mucha devoción al ombligo del volcán; así es como le llaman algunos habitantes de comunidades aledañas al sitio que se encuentra aproximadamente a seis kilómetros de la cima, en donde cada uno lleva alimentos o flores para la ofrenda al Popocatepetl.

La festividad moderna ha cambiado de unos 10 años a la fecha, ya que antes los mayordomos y el tiempero subían juntos a la ceremonia con alimentos, ropa, flores y música; actualmente lo hacen por separado.

Don Antonio Analco Sevilla asciende cerca de las 5 de la mañana; para cuando el tiempero termina su ceremonia, los mayordomos apenas comienzan el ascenso por la montaña.

El ritual que se rinde a los volcanes, ya sea por parte del tiempero o de los mayordomos, tiene mucho en común: toda su gente va con fe y devoción poniendo su mayor esfuerzo y pidiendo a los volcanes que los dejen subir para ver su majestuosa grandeza.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El pueblo que vive al pie del volcán

*“Vengo de un surco en la tierra
De sangre para sembrar
Del sudor con que se riega
La flor de la libertad
Vengo de un pueblo valiente
De gente que lucha el pan
Con las uñas y los dientes”
Miguel Alfaro González*

En medio de un maravilloso territorio de paisaje boscoso y rodeado de montañas se encuentra el poblado de Santiago Xalitzintla. Se caracteriza por estar situado a tan sólo 12 kilómetros del cráter del volcán, por lo que es la comunidad con mayor riesgo en caso de una erupción. Forma parte de San Nicolás de los Ranchos, en el estado de Puebla, y cuenta con 2,030 habitantes según los datos del INEGI. El nombre de este lugar proviene de la combinación de las palabras xali (arena), tzin (pequeño) y tla (lugar), lo que se traduce como "pequeño lugar de arena" o "pequeño arenal".

Datos de población en Santiago Xalitzintla (San Nicolás de los Ranchos, Puebla)

Año	Habitantes Mujeres	Habitantes hombres	Total habitantes
2020	1024	1006	2030
2010	1104	1092	2196
2005	1033	963	1996

INEGI

El pueblo, a primera vista, parece un lugar de estilo español; una plaza principal sirve como centro de la comunidad y su catedral dedicada a Santiago Apóstol se encuentra en medio de la localidad. Por fuera se puede observar la puerta de madera que mide aproximadamente tres metros de altura tallada con su Santo Patrón desempeñando una espada, montado de un caballo en posición de relinche.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Al ingresar a la parroquia es imposible no impresionarse con su estilo barroco. Su olor es muy peculiar, pues hay tantas flores como señal de devoción. Conforme al diseño, sus paredes están pintadas de azul cielo con destellos dorados; según relatos, la pintura dorada contiene oro molido.

La iglesia es un recinto que los habitantes respetan bastante, pues es el espacio físico donde la fe subsiste entre las flores, imágenes y olor a incienso. En cuanto a la zona del campanario, tiene un mito interesante en el que se cree que sólo pueden ingresar hombres, de lo contrario podría quebrarse.

La parroquia representa un papel muy importante, no sólo por la gran veneración de los xalitzintlences, pues por medio del repique de las campanas se anuncia la evacuación.

En las calles aledañas los jueves se instala un tianguis o mercado. La importancia de éstos todavía persiste, ya que conservan las tradiciones comerciales más importantes

de la región y zonas vecinas. Sin embargo, cuando hacen falta algunos alimentos, acuden a las escasas tiendas que hay.

Este mercado está lleno de colores y olores, pues todos los productos son ciento por ciento naturales; las personas venden lo que siembran o producen en sus hogares.

Aunque todavía es posible encontrar algunos indicios de comercio basado en el trueque, la mayor parte de los pobladores se dedica al trabajo de la tierra o al comercio formal, lo que confiere usos de suelo ligados al sector terciario.

Enfrente de la catedral se localiza la presidencia municipal pintada de blanco y azul. La plaza, que es un punto de reunión, funge un papel importante, puesto que al reunirse en este sitio los mensajes tienen mayor difusión.

La forma en la que se comunican debido a la escasez de medios es mediante el uso de bocinas estratégicamente ubicadas. Esto se debe a que sólo 7.8 por ciento de los habitantes cuenta con teléfono fijo. Los altavoces tienen diversas funciones, como recibir llamadas de la ciudad, transmitir anuncios comerciales y también difundir mensajes de impresión.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Es así como han adoptado una manera de comunicarse entre ellos y con las personas que están fuera de la localidad, pero éste también ha sido el medio aunado con la campana principal que las autoridades utilizan para dar el llamado de evacuación.

En cuanto a los comercios, hay dos pollerías, dos rosticerías, una tortillería con maquinaria y otras tantas improvisadas en los hogares con sólo un comal y una mesa para preparar la masa. Las cuatro tiendas principales son las responsables de suministrar los productos básicos.

La pobreza y escasez de medios y recursos del campesino se refleja en sus viviendas, algunas casas están hechas de adobe fabricado por ellos mismos, otras tantas de tabique con techos de teja.

Cuando el sol comienza a tocar las montañas se ve bajar a mujeres, hombres y niños acompañados por burros o caballos cargados de leña; para aprovechar su día de trabajo, llevan un ayate amarrado entre los hombros para poder cargar en su espalda este producto.

Las familias son grandes, van de ocho a diez integrantes; la mayoría se dedican al campo, ya que las tierras se heredan y por la misma razón son acuñadas de manera valiosa.



Foto: Tomada del sitio web de Tortografías.

Celebraciones en Santiago Xalitzintla

En Santiago Xalitzintla, al igual que en muchos pueblos de México, hay una gran variedad de festejos que detonan la riqueza cultural y tradiciones dentro de nuestro país, desde carnavales hasta fiestas profundamente religiosas que pueden llegar a ser solemnes y sobrecogedoras con sus devotos.

El calendario de celebraciones de este territorio es bastante extenso, pues casi todos los meses del año tienen una conmemoración importante, ya sea de un santo, una montaña o algún aniversario.

El día de la Candelaria se festeja el 2 de febrero. Los campesinos preparan canastas llenas de grano de elote, chayote, habas y pepitas que son bendecidas por el sacerdote.

Llevan a cabo esta práctica gracias a una herencia cultural que indica el comienzo del ciclo de las siembras, que coincide con la llegada de Quetzalcóatl, según la cultura mesoamericana, deidad que hará que las cosechas rindan fruto.

Se ofrece una misa para bendecir las semillas; en la iglesia los hombres se sientan en butacas, mientras las mujeres permanecen de pie. Los que no alcanzan asiento hacen dos filas en el atrio de la iglesia mirándose de frente, ponen sus canastas en el piso delante de ellos y el sacerdote al término de la misa las bendice.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

En mayo, según la leyenda local, hay un hombre que puede ser localizado en las faldas del coloso y es llamado Gregorio Chino Popocatépetl, un espíritu personificado del volcán y aparece para anunciar a los lugareños la actividad de la montaña.

Uno de los rituales más antiguos de la región se realiza en las alturas: se trata del cumpleaños del volcán, nuestro querido *Don Goyo*, cada 12 de marzo.

Los fieles caminan desde muy temprano hasta lo más alto para colocar la ofrenda. Al frente de la comitiva va el tiempéro, quien según creencias es elegido por el volcán para controlar la lluvia, el granizo y alejar las tormentas que dañan los cultivos. Cada año *Don Goyo* espera su molito, arroz y a sus invitados para celebrar a lo grande.

En el mundo mesoamericano el 2 y 3 de mayo son las fechas que representan el momento de pedir lluvias benéficas para las tierras de los campesinos; el segundo día del mes suben devotos a ver a *Don Goyo* para pedir que los pueblos sean socorridos con lluvias.

Con la celebración de ritos en los lugares sagrados de los volcanes los tiemperos procuran atraer la lluvia benéfica para las milpas y protegerlas de los peligros de las tormentas, rayos, la lluvia excesiva y el granizo. Estos siguen practicándose en el entorno y constituyen una tradición cultural milenaria anclada en su integración con el paisaje de las montañas.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

A mediados de julio se festeja a lo grande, pues es la fiesta patronal de Santiago Apóstol; en esta fecha, todas las familias se reúnen, muchas vienen de la Ciudad de México y de Estados Unidos.

El territorio se ve con peculiar alegría, en los hogares se escucha el estruendo de las carcajadas de los niños jugando entre las mazorcas. Todos en la mesa no paran de bromear y el placer de la conversación se hace más ameno a lo largo del ritual gastronómico, acompañado de café y tragos que la hacen más cómoda.

Como en toda mesa mexicana, no puede faltar la diversidad de platillos: mole, arroz, tamales, pozole, chalupas, quesadillas, frijoles, nopales y tortillas recién hechas, acompañados de un buen tequila, agua fresca o pulque.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Conforme marca la tradición, la noche del 24 de julio todo el pueblo baja a la iglesia. En el atrio comienza la quema del *torito*, figura elaborada con cartón, carrizos y el elemento principal, la pirotecnia. También se colocan dulces y al ritmo de la banda la persona que carga esta estructura comienza a bailar; mientras la pólvora se consume caen los dulces, mismos que los pequeños recogen.

Luego continúan con los castillos. La banda comienza a tocar, el primero se prende y en la parte superior aparece iluminada una paloma, que representa al Espíritu Santo.

Después es el turno de la siguiente estructura, cuando se consume la mecha de los fuegos artificiales estallan al ritmo de la música, que no para de sonar; cuando llegan a la cúspide, la figura de un caballo se ilumina y gira.

Todos permanecen en silencio, la banda se detiene unos minutos y una trompeta marcando el son de *Las mañanitas*: es así como se comienza a iluminar el castillo estelar.

Los músicos tocan a todo lo que da, acompañados por el canto de los devotos. Cuando ya se consumió la pólvora se distingue la forma del apóstol Santiago sobre su caballo en posición de relinche y alzando su espada. Ver los rostros de las personas que lo miran con tanta devoción es un acto que eriza la piel.

Las festividades duran aproximadamente una semana, cuando muchas familias que no viven ahí aprovechan para visitar a sus familiares y los terrenos que heredan.

Agosto es el mes de Iztaccíhuatl. Los nativos se levantan mucho antes del amanecer para preparar la ofrenda que llevarán a *Doña Rosita*, como le llaman cariñosamente a su volcán.

Dos veces al año muchos lugareños, incluyendo bebés, niños y ancianos, hacen un viaje de cuatro horas a través de un empinado bosque y pasan por arroyos para pedir ayuda y protección al volcán. Le suplican que traiga lluvia para su cosecha, las proteja del granizo y calme las exhalaciones de ceniza de *Don Goyo*.

La ofrenda a *Rosita* se coloca debajo de una gran cascada en las laderas; hay papayas, una sandía tallada en forma de flor, tazas de pulque lechoso, mazorcas de maíz, incienso, velas y flores.

Los rezos y los cantos no pueden faltar, pero cuando terminan el tiempero de la comunidad dirige la danza ritual de los listones de colores, símbolo del arcoíris, sobre un bastón de madera.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Llega noviembre y el panteón se pinta de naranja, pues los creyentes acuden con mucha devoción cargando en sus rebozos flor de cempasúchil para adornar las tumbas. Ya en el camposanto se mezclan los cantos y rezos. Todos brindan a salud de su difunto y avientan a la tumba un chorro de alcohol.

Los altares en estas fechas se llenan de frutas, guisados, flores y no pueden faltar las ceras, que son velas muy altas. Todos salen de sus hogares para visitar a las familias de las personas que fallecieron.

Al entrar a la casa se dirigen al altar y se persignan. Apenas se alcanzan a distinguir murmullos de rezos; es tiempo de orar por las almas que ya no están. Los alimentos que llevan los colocan en el lugar asignado y proceden a platicar con la foto del difunto, luego prenden copal y comienzan a sahumar el lugar.

En Santiago Xalitzintla se sabe que noviembre es dedicado a nutrir el alma y muestra la expresión de su fe en donde la vida y la muerte conviven muy de cerca, donde los arrepentimientos llegan a la conciencia de los vivos. Los nativos dicen que el único antídoto para la muerte es la memoria, por eso no los olvidan y los ayudan a vivir eternamente.

Es así como esta comunidad muestra su identidad por medio de su historia, tradiciones y tierras. Es un gran ejemplo de los tesoros vivos que emanan de las diversas expresiones de nuestros pueblos. Valiosas experiencias que se transmiten a cada generación y trascienden de lo material a lo intangible a través de un vínculo entre el pasado y el presente. Comunican un sentimiento de pertenencia e identidad a las personas que la conforman.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Donde duermen los volcanes

En un letargo de más de 70 años donde el volcán Popocatepetl durmió, cierto sector de la población pensó que jamás despertaría, pero un ser tan majestuoso místico y milenario no podía terminar así, sin mostrar todo su poder; desde ese día y hasta la fecha, la actividad es constante.

Un coloso que repercute sobre cinco estados de la República Mexicana no puede pasar desapercibido, ya que abarca Cholula, Atlixco, Cuautla, Izúcar de Matamoros en Puebla; Cuernavaca, Morelos, y Milpa Alta, en la Ciudad de México, al hablar de la periferia más extensa en la que se podría mostrar un impacto.

En Santiago Xalitzintla los volcanes son representados con cargas simbólicas complejas, pues existe una relación llena de significados. Aunque el *Popo* se localiza entre Morelos, Tlaxcala, Estado de México y Puebla, es en este último donde la mayoría de sus pobladores tiene una relación mística con él.

El volcan despierta

Según destacan los periódicos de la época, la madrugada y la mañana del 21 de diciembre de 1994 cayó ceniza sobre Puebla y Cholula; en Xalitzintla se escuchó un fuerte sonido, como el de un trueno, así lo describen algunos habitantes. Al amanecer, desde Puebla se veían las columnas de más de seis kilómetros de altura.

Al aclarar la mañana, llegaron a Tlamacas, punto situado en el Popocatepetl al noreste, justo donde nace la montaña, a 4 mil metros sobre el nivel del mar, los curiosos, las cámaras de las televisoras locales y nacionales, y sólo horas después, algún vulcanólogo del Cenapred o de la UNAM.

De acuerdo con el documental *Popocatepetl el volcán que escucha*, del director Diego Sedano, la ceniza avanzó por la mañana y hasta mediodía en Santiago Xalitzintla, comunidad de San Nicolás de los Ranchos. Los vecinos miraban a su volcán tirando ceniza, veían cómo una nube pasaba de largo sobre sus cabezas, llevada por el viento valle abajo. Algunos se asombraron, para otros quizá vino a su mente lo que los abuelos

contaban desde hacía años, el recuerdo de cuando *Don Goyo* aventó ceniza más o menos por los tiempos de la Revolución Mexicana.

Paula Ascensión, de 80 años, se dedica a la siembra, ha vivido en el pueblo toda su vida; tiene recuerdos muy claros de lo que pasó el miércoles 21 de diciembre de 1994. De acuerdo con las costumbres de la localidad, estaban preparando las fiestas de Navidad, tocaba la posada número seis.

Este es un territorio que se percibe vacío, con excepción de las fechas de diciembre, noviembre, marzo y julio, pues muchos quienes radican fuera del poblado regresan de México y Puebla. Incluso de Estados Unidos, Nueva York, Chicago, Los Ángeles y Colorado Springs, donde trabajan en un sin número de ocupaciones: son albañiles, panaderos, jardineros, empleadas domésticas, vendedores ambulantes, policías auxiliares, pinches, etcétera.

Doña Paula afirma que a fin de año la cosecha de maíz morado, azul, y amarillo está lista para las faenas de pizca. Este alimento es la base principal de la economía de los que habitan el pueblo, una razón más por lo cual los foráneos regresan a sus tierras. Por este motivo, aquel diciembre entre sus habitantes e invitados aumentaron la población en una tercera parte o la mitad.

Las mayordomías de San José y la Virgen María también hacen fiesta y las posadas dentro de esta comunidad demandan bastante trabajo. Muchas mujeres y hombres se afanan los días y las noches para que el guiso esté listo y a tiempo. Algunos cooperan trayendo leña mientras otros acomodan sillas y mesas.

Durante el festejo hay música tradicional, con banda de viento y tambores, y también se contratan grupos musicales que llegan con torres de sonido para tocar lo más característico de la música popular en Puebla: la cumbia.

El riesgo

En esas estaba Santiago Xalitzintla aquel 21 de diciembre cuando el volcán comenzó con actividad inusual. El Comité Científico Asesor para el volcán Popocatepetl del Centro Nacional de Prevención de Desastres emitió con mucha sobriedad sus indicaciones y recomendaciones: evacuación.

La Secretaría de Gobernación instruyó al gobernador de Puebla Manuel Bartlett para desalojar a 16 comunidades, que sumaban 75 mil personas, que serían trasladadas a ocho albergues en el estado de Puebla. Sin embargo, se estima que sólo se consiguió la salida de 15 mil personas de 22 comunidades rurales de las faldas del Popocatepetl. Un porcentaje acudió a quedarse con parientes o amistades, no en los albergues, cuyo número aumentó en Puebla, Cholula, Huejotzingo, Izúcar de Matamoros y Atlixco.

En la entrevista con Rodrigo de la Cruz Caro, actual presidente auxiliar de Santiago Xalitzintla, dijo que la recomendación de los expertos en ese momento se convirtió en indicación petitoria de la Secretaría de Gobernación, y se armó el operativo.

La noche caía en Xalitzintla cuando llegaron patrullas, carros del Ejército, camiones urbanos y suburbanos procedentes de Puebla; se preparaba todo para evacuar a las familias en peligro; con las sirenas abiertas y altavoces, los soldados ordenaban que salieran de sus casas para subir a los autobuses que los llevarían a albergues instalados a toda prisa en Puebla y Cholula, la mayoría habilitados en inmuebles escolares.

Rodrigo de la Cruz, quien en esa época también formaba parte de las autoridades de la localidad, relata que la noche se llenó de ruidos extraños, golpes en las puertas de las casas, gritos y motores arrancando y frenando. “*¡Va a explotar el volcán!, ¡salgan de sus casas!, ¡suban a los camiones!*”. En las calles del lugar y de otras comunidades se veía sobre todo a la gente arracimada. Con la presencia de los invitados de fuera y los que regresaban a su pueblo a pasar las fiestas, había más vehículos que de costumbre bloqueando las estrechas callecitas de 4 a 5 metros de ancho.

Doña Paula Ascensión cuenta que hubo mucho susto con la llegada de los vehículos enviados desde Puebla con sirenas. Los microbuses y carros llegaron como a

las 11 de la noche haciendo mucho ruido y con altavoces para gritar por las calles que todos tenían que irse de ahí. Llegaron también camiones del servicio público que el gobierno alquiló para sacar a la gente y trasladarla a los albergues. Estos seguían esperando en fila y pasado el primer susto casi nadie los abordaba.

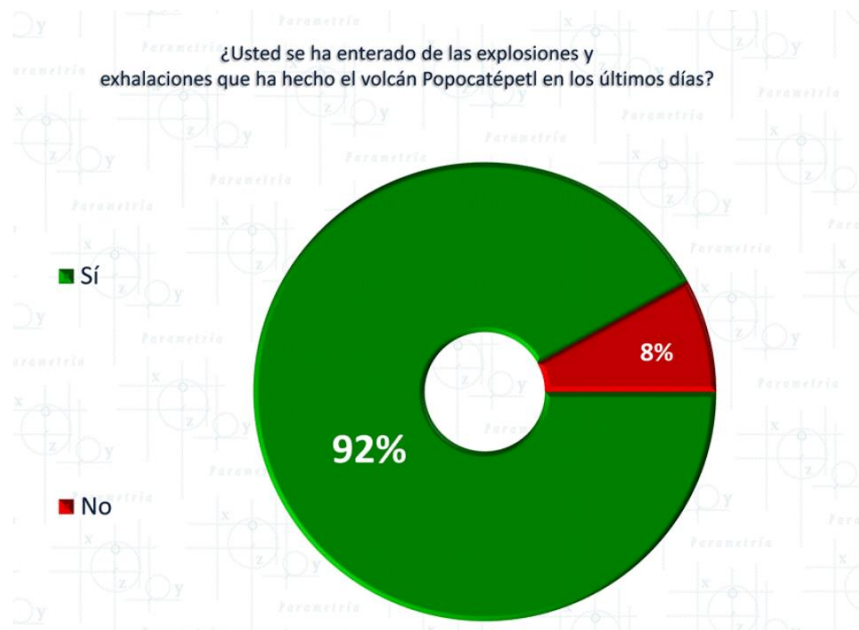
El volcán aumentó su actividad, al mismo tiempo que las autoridades presionaban más a los pobladores para un desalojo más efectivo; sólo pocas personas se aferraron a su vivienda.

Por otra parte, con el paso del tiempo la creciente actividad volcánica despertó gran interés en la población. Según la Encuesta Nacional de Vivienda realizada en 2013, donde se aplicaron 800 cuestionarios a personas de 18 años en adelante que vivían en el lugar, nueve de cada diez mexicanos están enterados de las exhalaciones de vapor, gas y cenizas del volcán.

Un 92 por ciento respondió que sí estaba informado y el resto que no; junto con el eco de los desastres naturales que tienen en la población, va acompañado del actuar de las autoridades para aminorar o prevenir pérdidas humanas y materiales.

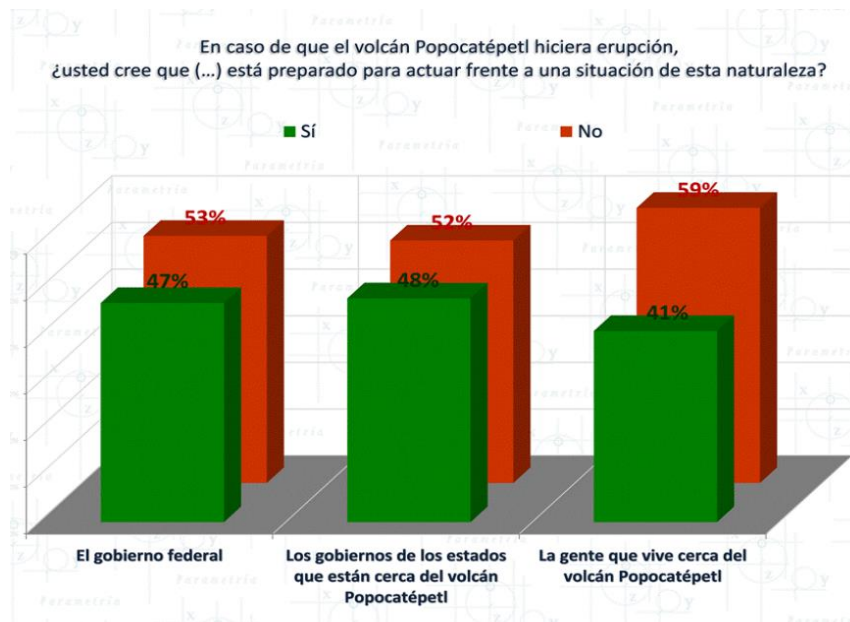
La percepción que los mexicanos tienen del proceder de los gobiernos ante estas catástrofes está dividida. La más reciente Encuesta Nacional en Vivienda de Parametría, muestra que 53 por ciento no creen que el gobierno federal esté preparado para responder a una contingencia como la erupción del Popocatepetl y 52 por ciento dudan de las acciones preventivas de los estados que están cerca del volcán.

No obstante, la incredulidad no se limita a las autoridades; incluso aumenta al hablar sobre el actuar de los vecinos del Popocatepetl, pues 59 por ciento de los entrevistados afirman que la gente que habita en las faldas de *Don Goyo* (Santiago Xalitzintla, Puebla, San Pedro Nexapa, Estado de México) no sabe cómo actuar ante una emergencia de tal índole, a pesar de vivir constantemente con esta amenaza latente.



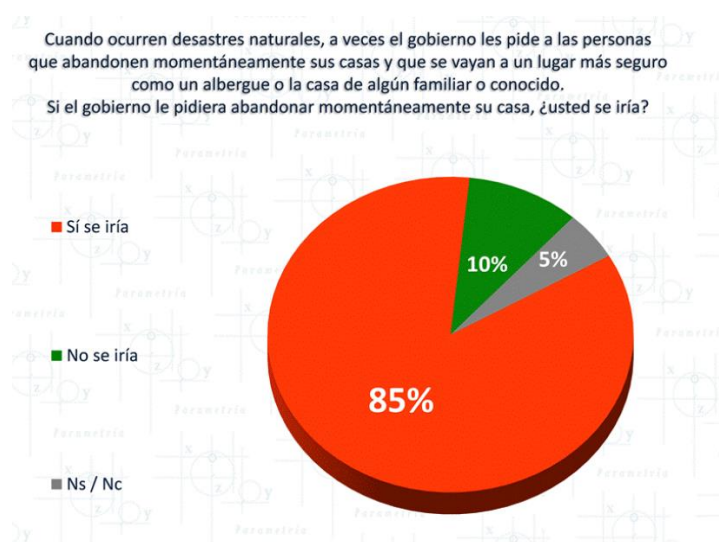
Con respecto al actuar de los pobladores frente a la erupción del volcán, Parametría llegó a la conclusión que en caso de peligro inminente o de encontrarse en una situación de dicha índole, los habitantes dejarían sus casas para resguardarse.

Al menos eso harían cuatro de cada cinco entrevistados; 85 por ciento abandonarían momentáneamente sus casas y se resguardarían en un lugar más seguro como un albergue o casa de algún familiar o conocido; sólo 10 por ciento se resistiría a dejar su hogar y 5 por ciento admitió no saber cómo actuar.

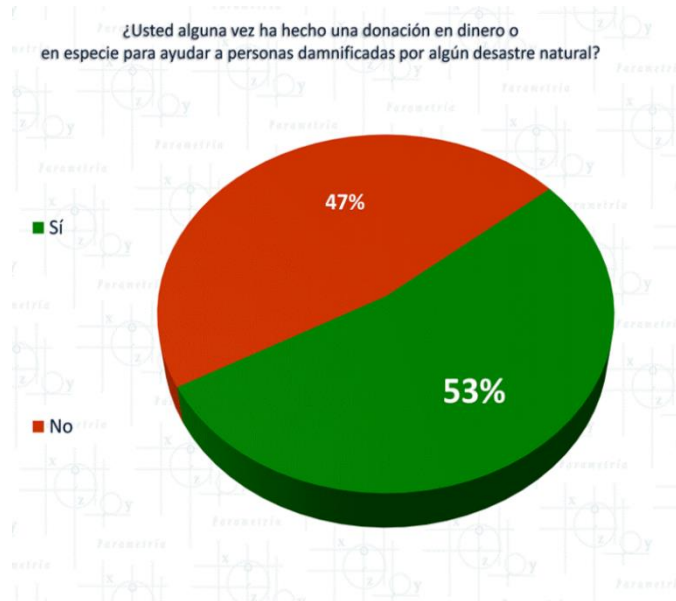


Sobre cómo reaccionarían las personas ante una situación en la que el gobierno evacuaría la zona momentáneamente por algún desastre natural, la respuesta fue que 85 por ciento se iría, 10 por ciento no y 5 por ciento no sabe cómo actuaría.

En general, los mexicanos creen que el Popocatepetl es peligroso y que en algún momento, con el incremento y la constante actividad del volcán, los habitantes cercanos al mismo tendrán que abandonar sus propiedades para salvaguardarse, y el resto de la población tendrá que solidarizarse como en otras ocasiones. Sobre todo, aquella mitad que duda de la efectividad de las acciones preventivas de las autoridades.



Acerca de las donaciones en dinero o en especie para ayudar a gente damnificada por algún desastre natural, la información arrojada fue que 53 por ciento sí había realizado alguna donación y 47 por ciento no.



La revista *Cultura científica* de la Facultad de Ciencias de la UNAM destaca que actualmente el Popocatepetl, "el cerro que humea", permanece en equilibrio estacionario y su actividad eruptiva quizás no varíe en meses o años. A pesar de eso, ahora está vigilado con 11 estaciones que cuentan con inclinómetros y sismómetros útiles para medir las causas y las deformaciones del edificio volcánico. Además, entre otros estudios, se hacen monitoreos geoquímicos sobre la composición de gases, cenizas y otros productos que exhala de sus profundidades.

La evolución y creencias de Xalitzintla

En 1994 se marcó una gran pauta del antes y después en este territorio, puesto que la evacuación trajo consigo grandes cambios; mucha gente que se resguardó en casas de familiares dentro de la Ciudad de México comenzó a trabajar.

Al pueblo únicamente regresaron personas de la tercera edad, algunas que tenían sus cosechas avanzadas y otras tantas que estaban muy arraigadas.

En esta época el nivel económico comenzó a cambiar, los jóvenes que venían de familias muy numerosas empezaron a trabajar como cargadores en la Central de Abasto

y en la Merced. Otros vendían verduras, frutas y semillas en carretillas, otros tantos realizaban fletes de distintos productos; la economía comenzó a ser más fluida por las remesas que llegaban.

A pesar del impactante suceso que capturó la atención de los habitantes, afirman que no sintieron miedo hacia su volcán, ya que aseguran haber visto a *Don Goyo* caminando por la región. Uno de los testimonios sobre estas apariciones se encuentra registrado en el libro *Los volcanes sagrados*, de Julio Glockner (1996).

Esta historia es muy conocida en San Pedro Nexapa gracias a los rumores que van de pueblo en pueblo: “Se supo que el volcán había hablado con una señora de este lugar que vende tacos y memelas, la mujer platicó que pasó a su puesto un señor de edad avanzada que quería comer unos taquitos, cuando se acercó le dijo:

— ¡Ay, mujer! Dame de comer porque tengo hambre, ando muy cansado, tengo hambre, yo ando caminando. Y dame pulquito, creo ahí tienes pulque.

La señora tenía un garrafoncito de dos litros, se lo enseñó y le dijo que solamente tenía ese pulquito, que era poquito.

—Pues ése, dámelo, pero no te voy a pagar.

—¡Qué pasó señor! —Le contestó la mujer sorprendida.

—No hija, no te voy a pagar. ¿Sabes quién soy yo? Yo soy el Gregorio Chino Popocatépetl. Yo soy el volcán.

La vendedora, asombrada, lo escuchó decir que debían arrepentirse porque ya habían hecho enojar a Dios.

La señora empezó a llorar, le pidió que no dijera eso, le hizo ver que había muchos niños, pero el anciano le respondió.

—Yo no quisiera, pero si manda mi padre lo tengo que hacer, por eso no cometan más errores. Yo los cuido, yo los quiero porque son mis hijos, pero si se pasan de pecadores los voy a castigar.

La mujer lloraba amargamente cuando escuchó la voz del anciano pidiéndole otro taquito, entonces se puso a picar cebolla, “pero cuando volteó la cabeza hacia donde estaba ya no lo vio, se desapareció”.

Dicho relato es contemporáneo, ya que tal versión sucedió pocos días después de que el Popocatepetl iniciará su actividad en diciembre de 1994. Para algunas personas puede parecer absurdo el hecho de creer en el volcán como una persona que se puede presentar en su forma humana. Sin embargo, hasta 2023 existe un grupo de personas de las comunidades cercanas al *Popo* que creen firmemente en la presencia de un protector, de un padre que intercede ante el creador, siempre para proporcionarles “los favores” que le soliciten.

Otro relato que se cuenta es el de un matrimonio de aproximadamente 50 años que se dirigía de la Ciudad de México a su pueblo natal.

Don Enrique Sevilla, acompañado por su esposa Guadalupe Mateos, manejaba su camión; como cada fecha importante acudieron a la tierra que los vio nacer, en esa ocasión eran las fiestas decembrinas en las que iban a visitar a sus familiares y dejar algunos presentes.

El señor Enrique siempre que iba al pueblo optaba por la ruta del monte, donde el camino es de terracería. La pareja, entusiasmada por llegar, cruzó Paso de Cortés, donde comienzan curvas muy cerradas; avanzaban como el camino se los permitía cuando de repente, Guadalupe se percató por el retrovisor que había una mujer vestida de blanco y cabello castaño que iba corriendo en la parte lateral del camión.

—Mira esa muchachita; es muy temprano y viene sola a correr —cuando volteó por el espejo se percató que cada vez se acercaba con más velocidad hasta que por fin logró rebasarlos.

Cuando la joven se colocó por delante de ellos, Guadalupe se dio cuenta que no iba dejando huellas; levantó la mirada y vio que la dama iba flotando. La señorita entró a una curva y cuando ellos se incorporaron a la misma ya no estaba.

Guadalupe nos cuenta que el camión iba rápido, por esa razón una persona no los pudo haber rebasado y afirma que era *Doña Rosita* la que los acompañaba en su camino. Al llegar con sus familiares contaron la historia y, por lo que se rumora en el pueblo, la mujer tenía las características que tiene Iztaccíhuatl en su forma humana.

Es así como el pueblo de Santiago Xalitzintla está envuelto en mitos y leyendas acerca de los volcanes y nos muestra su gran convicción y carácter para permanecer en las faldas del volcán, aunque eso represente un peligro latente.

Un lugar mágico

La relación que tienen no solo los especialistas meteorológicos, sino también la comunidad con el paisaje natural es fundamental. Su vinculación responde a necesidades elementales producto de una relación ancestral con *Don Goyo*; de esta forma, desde el comienzo de la historia milenaria de Mesoamérica, los grandes cerros, las montañas y los volcanes han formado parte del paisaje culturalmente transformado de la cuenca, al desarrollar la tradición del culto a la naturaleza.

A esta actividad, Johanna Broda, titular en el área de Investigación de Historia de los Pueblos Indígenas en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, denomina paisaje ritual, esto es un espacio, entorno o, propiamente dicho, un paisaje natural transformado por el hombre a través de la historia.

La comunidad que vive en las faldas del volcán se apropia de esta naturaleza reflejada en sus rituales de tradición mesoamericana en donde plasma su cosmovisión, construida a partir del paisaje y del entorno real, cuyos saberes por parte de los especialistas meteorológicos son el resultado de procesos ancestrales de conocimiento.

En entrevista a la licenciada en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM Janet Elizabeth Reyes Bolaño, quien dedicó su tesis al análisis de la cosmovisión indígena, con el marco teórico en transculturación, el cual plantea que cuando entran en contacto dos mundos surge una nueva realidad de civilización en la que sería la manera de comprender el cómo se van adecuando creencias con el paso del tiempo.

Agrega que los rituales son concebidos en un sistema amplio de acción que conjuga varios elementos como la organización, la vida comunitaria, la colocación de ofrendas, entre otras actividades que le dan sentido a su forma de relacionarse con su entorno natural y sagrado.

De esta manera se puede explicar cómo el poblado de Xalitzintla impregna su propia significación a la naturaleza; en rasgos antropológicos, se refiere a cuando una comunidad forma una percepción vivencial y de conocimiento en torno al territorio.

Dentro de este lugar, al igual que en algunos pueblos que se ubican en las faldas de los volcanes, existen los tiemperos, que son especialistas rituales, que hacen uso con mucha precisión del espacio natural, ya que conocen e interpretan el sonido, el color, el olor y los movimientos de diversos animales y plantas que han sido adquiridos mediante la observación de los procesos naturales. La relación de los habitantes con el volcán es la de un padre con sus hijos, así lo describen ellos.

El poder del volcán

Según el artículo de *Cultura científica* de la Facultad de Ciencias de la UNAM, cada año entran en actividad entre 50 y 65 volcanes en el mundo, pero sólo unos cuantos son responsables de daños y pérdidas de vidas humanas. Así, los efectos sobre la población no son necesariamente proporcionales al tamaño o violencia de la erupción, sino a la proximidad y cantidad de los asentamientos humanos instalados en los alrededores.

Su poder destructor es una de las mayores demostraciones de fuerza que posee la naturaleza. Un golpe de realidad que, a lo largo de la historia, ha enfrentado a los seres humanos ante la verdadera pirotecnia con la que nuestro planeta es capaz de responder. El coloso, impredecible, en cuestión de horas puede borrar del mapa a una población cercana, pero esto parece no importarles a los habitantes de Santiago Xalitizintla.

Recordemos que este pueblo es una de las comunidades que se encuentra en las faldas de uno de los volcanes más peligrosos, no sólo de este país, sino de toda Latinoamérica, lo cual se le atribuye por las consecuencias que tendría su erupción sobre los aproximadamente 25 millones de personas que viven en la zona de riesgo, destaca el portal de noticias *BBC News Mundo*.

En la entrevista con el presidente auxiliar de esta localidad, Rodrigo de la Cruz Caro, explicó que debido al peligro latente que viven todos los días se han hecho más frecuentes los simulacros con el fin de que las personas del pueblo tengan el conocimiento necesario para desalojar en caso de alguna emergencia.

También menciona que si hay semáforo rojo, las autoridades tienen el derecho de desalojar la zona completamente y aunque él también es fiel creyente de *Don Goyo*,

destaca que el respeto y la gratitud que le tiene al volcán es firme, pero en el momento que haga erupción quiere a toda su gente sana y salva.

La relación que los pobladores tienen con las montañas es única y mágica, ya que las historias que se cuentan en el poblado son místicas y te envuelven en su erudición.

Como menciona María Virginia Gonzáles en su trabajo *Agroecología, saberes campesinos y agricultura como forma de vida*, “los saberes campesinos tienen su origen en la acumulación milenaria de experiencias, son el resultado de la producción y reproducción individual del conocimiento, se trata de saberes basados en la experiencia, lo que llega a constituirlos como parte de las tradiciones culturales”.

Por ende, se dan muchas historias en los poblados que se encuentran en las faldas del volcán. Estos relatos no solo forman parte de la interpretación cultural que se encuentra en el arte y en la literatura, sino que también provienen de estas pláticas que se dan alrededor de una fogata y un buen café. Se tratan de historias sagradas que son contadas de generación en generación.

Los habitantes de Xalitzintla y sus alrededores confían plenamente en su volcán, pues les brinda la protección y hasta le atribuyen un cuerpo humano con características específicas.

Los pobladores de la región describen a *Don Goyo* como un anciano que usa un sombrero grande pobremente vestido. La gente del rumbo asegura haberlo visto caminando por las calles del pueblo y por los sembradíos, algunas veces descalzo, con ropa de manta y su carácter es el de una persona enojona. Cuando los habitantes de Santiago Xalitzintla ven a un hombre con estas características que anda rondando el pueblo se acercan a él y lo saludan.

También conocen a Iztaccíhuatl, a quien llaman *Doña Rosita*; ella puede ser vista de diferentes formas, viene de gringa o de indita. En el pueblo se dice que tiene pelo castaño y su piel es muy blanca, muchas veces la han visto con vestido blanco.

El corazón de *Don Goyo*

Por esta misma concepción de humanizar a las montañas se explican los obsequios que se les depositan; los regalos que les entregan son colocados en ofrendas en el marco de la petición de lluvia o su cumpleaños. Es importante resaltar que los presentes dependen del género y la personalidad del coloso.

Para el especialista del Instituto Nacional de Antropología e Historia Stanislaw Iwaniszewski la noción de considerar a las montañas según su género se debe a la forma del cerro:

“Los cerros masculinos del Altiplano (Pico de Orizaba, Cuatlapanga, Pinal, Tenco, Popocatépetl) tiene una forma cónica trapezoidal (como la de un cono cortado a la mitad). Por otro lado, los cerros femeninos (Sierra Negra, La Malinche, Iztaccíhuatl y Nevado de Toluca) hicieron explosión en el remoto pasado geológico destruyendo todo el aparato volcánico con sus características formas piramidales, y en conciencia, actualmente presentan formas extendidas, alargadas y redondas”

Las personas que llegan a la cúspide aseguran que el Popocatépetl tiene una gran esencia masculina y no sólo por las leyendas que se relatan en el poblado, sino por sus rudos caminos, las pendientes son muy inclinadas y por ende son más difíciles de subir, su flora está compuesta únicamente de pinos enormes y matorrales secos.

A diferencia de Iztaccíhuatl, que es más delicada, al llegar al lugar se percibe inmediatamente el aroma de la tierra mojada y flores. Es una montaña bastante noble, su paisaje te envuelve entre manantiales y cascadas, el ascenso es ligero en comparación del Popocatépetl.

Los lugares donde los pobladores llegan a colocar sus ofrendas forman parte del paisaje ritual que son espacios naturales a los cuales les han dado una connotación de sagrados por que en ellos habitan estas entidades.

Por lo general, son cuevas, barrancas, manantiales y ojos de agua; algunos son designados en sueños, tal y como *Don Goyo* se le presentó al tiempiero de Xalitzintla,

Antonio Analco Sevilla, para que cumpliera sus peticiones que van desde algún platillo en especial hasta alguna prenda.

El ombligo del volcán es el lugar en donde rinden tributo al Popocatepetl y en él se encuentran dos cruces: en una el tiempereo deja su ofrenda y en la otra el mayordomo; la diferencia entre estas dos celebraciones es que la primera se sustenta en la comunicación onírica de don Antonio Analco y la segunda se basa en meras suposiciones.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Debajo de una cascada en las laderas del Iztaccíhuatl colocan ofrendas sobre el altar, hay muchas frutas y el plato de mole no puede faltar; le obsequian camiones, vestidos fondos, aunque también le llevan collares, aretes, pulseras, listones y broches.

En el ritual los rezos se hacen presentes, pues por este medio se comunican con las montañas. Al estar frente a la cruz comienzan las oraciones católicas; sin embargo, se maneja todo un discurso emanado de la misma fe que se le tienen a los volcanes.

En las plegarias que se hacen a *Don Goyo* y *Doña Rosita* se mencionan muchas frases como los aires, los santos, los señores, los dueños, los padres o los abuelos, por mencionar algunas, en conjunto con las peticiones, principalmente, de lluvia y maíz, además también de agradecer por las cosechas pasadas.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El lazo que une a los xalitzintlences con su volcán es realmente único. Ellos lo miran como una de las máximas deidades del pueblo y le ofrecen lo poco o mucho que tienen, porque saben que *Don Goyo* tiene comunicación con Dios, ya que él lo puso ahí para cuidar la montaña y vigilar que sus hijos sean buenos.

Xalitzintla está inmerso en historias de los colosos, lo que hace que la gente se sienta protegida en esta zona de riesgo. Un acontecimiento que se escucha muy a menudo cuando se inicia el ascenso al volcán es el de doña Inés, esposa del tiempero. Ella cuenta que en dos ocasiones ha visto a *Don Goyo* en su forma humana; en ninguna hay descripción física.

La primera vez que se le presentó fue a lo lejos, casi llegando al ombligo del Popocatepetl. Estaba parado y mirando en dirección al grupo que acompañaba al tiempero; doña Inés destaca que lo reconoció porque traía la ropa que hace un año le habían ofrendado.

En la segunda ocasión que lo vio, estaba acompañada de otra señora y por ir en el chisme perdieron de vista al grupo, se desorientaron y no sabían para dónde *jalar*, de repente, a la distancia vieron a un señor que les señalaba hacia dónde ir. Esta vez no traía puesta la ropa de la ofrenda, pero doña Inés afirma que su corazón sabía que era

Don Goyo y decidieron caminar hacia donde les señaló; fue así como encontraron a su gente.

Los habitantes de este pueblo se mueven por la fe que le tienen a los volcanes y dejan claro en sus testimonios que sólo piden que su Padre Dios les siga dando la fuerza y entereza para seguir subiendo a sus volcanes, *Goyito* y *Rosita*.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Guardianes milenarios

“Tengo los lagos, tengo los ríos.
Tengo mis dientes pa` cuando me sonrío.
La nieve que maquilla mis montañas.
Tengo el sol que me seca y la lluvia que me baña.”
Eduardo Cabra y Residente

Se les llama tiemperos, quiaclazques, cuitlamas, quiamperos, conjuradores y conocedores del tiempo en Puebla; graniceros, trabajadores temporales, ahuaques, aureros y ahuzotes en el estado de México; quiapequis, misioneros del temporal, rayados, claclazquez en Morelos; quiatlaz, teztlazquez e hijo del rayo en Tlaxcala, sin que esta división excluya la coexistencia de término en las distintas entidades.

Los tiemperos son personas con el don de manipular el tiempo atmosférico y mantener el equilibrio para que sea proporcional la vida en el campo y piden la lluvia. A través de los sueños realizan curaciones, premoniciones y reciben avisos; son el vínculo entre el mundo de los vivos y los seres sobrenaturales.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Sin embargo, el término tiempero es más utilizado en la mayoría de las comunidades asentadas en las faldas de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl. Según Julio Glockner en su libro *Pedidores de lluvia del altiplano central*, el término se deriva

de las palabras mexicas *quiaclaxque*, *quiajtlama*, *tiemporoque* o *quiamper* que se han preservado y combinado con el castellano.

Su trabajo es tener el control sobre algunos fenómenos meteorológicos: lluvia, nube, viento, granizo, entre otros. Esta designación resulta ser una simplificación, porque incluye a los especialistas que manipulan la intensidad o fuerza de los elementos de la naturaleza, así como aquellos que trabajan con el alejamiento o imploración de los fenómenos meteorológicos.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Antecedentes de los tiempos

Los orígenes de estos especialistas se remontan a la época prehispánica. Acerca de ellos existen algunos planteamientos divergentes que, sin embargo, se complementan para concretar la interrogante sobre la procedencia de los tiempos.

Antes de la Conquista su labor era ejercida por la elite sacerdotal, quienes poseían el poder de la magia y la predicción de los fenómenos atmosféricos que regían la vida de los pueblos mesoamericanos, ya que ostentaban una jerarquía social importante.

En la geografía sagrada la morada de las deidades más importantes que regían la vida de la sociedad mexicana era el dios tutelar Huitzilopochtli, “colibrí zurdo”, y Tláloc, deidad de la lluvia.

Johanna Broda, investigadora titular en el área de Historia de los Pueblos Indígenas del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, destaca en su trabajo *La fiesta de Atlahualo y el paisaje ritual de la cuenca de México* la importancia del ritualista de cada deidad en México prehispánico. Sus cargos, llamados en lengua náhuatl *teo tlamacazque* implicaban no solamente el conocimiento y elaboración de los rituales, sino también el portar las insignias durante un tiempo determinado, así como la indumentaria o parafernalia de la deidad asignada. Esto es similar a la forma en que en la actualidad se resguardan celosamente las imágenes católicas y se patrocina sus respectivas fiestas por parte de los mayordomos, una costumbre que se puede observar en la mayoría de los barrios y pueblos tradicionales de México.

Por su parte, el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, en el volumen *Medicina y Magia*, clasifica a los especialistas meteorológicos dentro de la compleja categoría de nahuales. Dentro de ésta se encontró un sacerdote jaguar hechicero que vivía confinado en su templo, practicaba el ayuno, la abstinencia sexual y tenía el don de provocar la lluvia, desviar el granizo y metamorfosearse en animal. Estos especialistas tienen una virtud divina que derivaba de su nacimiento en el signo *ce quiahuitl*, que significa lluvia. Actuaban como sacerdotes de Tláloc y poseían una gran sabiduría mágica. Además, tenían la capacidad de transportarse al tlalocan, exigían sacrificios de sangre, castigaban

a los remisos y presenciaban acciones de resistencia cultural frente a la cultura hegemónica impuesta.

Según la investigadora Johanna Broda, en su artículo *El culto mexicana de los cerros y el agua*, los especialistas del control del tiempo en la época prehispánica eran sacerdotes del culto estatal que formaban parte de las complejas jerarquías del sacerdocio estatal, cuya religión oficial era autóctona. Eran ellos quienes realizaban las ceremonias y los sacrificios de niños en las altas cumbres. Estas celebraciones se centraban en rituales propiciatorios de la lluvia, el crecimiento del maíz y de otras plantas, así como de su cosecha. Durante la fiesta de los cerros, que tenía lugar en octubre, se honraba al dios Tláloc. Los sacrificios de niños dedicados a él se llevaron a cabo durante los meses que iban de *atlahualo* a *huey tozoztli*, que corresponden a febrero a abril.

Dichos sacrificios se acompañaban de una gran variedad de ofrendas que reforzaban la eficacia de los ritos. Entre ellas destacaban las de comida como tortillas, mole, atole, aves y tamales, entre otros. También se entregaban flores, copal y se realizaban cantos, música y danzas. Además, se llevaban a cabo peregrinaciones, se efectuaban ritos durante la noche y el amanecer, se celebraban convites y se tenían períodos de preparación ritual.

La investigadora alude a que ellos realizaban una observación sistemática y repetida de los fenómenos naturales del medio ambiente. Esto les permitía hacer predicciones y orientar el comportamiento social extremadamente en estos conocimientos. La observación de la naturaleza incluía nociones de astronomía, geografía, clima, botánica, zoología, medicina, entre otros, con los cuales trabajaron los sacerdotes.

Agrega que la observación exacta de la naturaleza en la época prehispánica, realizada por los sacerdotes y especialistas que habitaban en los templos, no se limitaba únicamente a la astronomía, abarcaba de manera mucho más amplia una interacción con el entorno en el que se encontraron. Estaba relacionado con la vida de la comunidad y la del individuo y tenía como objetivo práctico orientar las actividades sociales en términos de tiempo y espacio, es decir, en su entorno natural.

En Mesoamérica no existía una dicotomía entre ciencia y religión, como ocurre en las ciencias occidentales modernas. La observación de la naturaleza estaba estrechamente vinculada con los aspectos de la religión y la magia, formando una unidad para el hombre mesoamericano.

En la cosmovisión mesoamericana, la naturaleza y sus fenómenos eran considerados sagrados y dotados de significado espiritual. Los sacerdotes y especialistas no sólo realizaron observaciones objetivas de los fenómenos naturales, sino que también los interpretaron en términos de su relación con los dioses y las fuerzas sobrenaturales. La comprensión y el manejo de estos fenómenos estaban intrínsecamente ligados a la práctica religiosa y mágica, ya que se creía que a través de rituales y ofrendas se podía influir en ellos.

Por su parte, el historiador Alfredo López Austin clasificó en su trabajo *Cuarenta clases de magos del mundo náhuatl* a estos especialistas dentro del gran grupo de “brujos, adivinos y magos”. Debido a la diversidad y complejidad de personajes con poderes sobrenaturales, este autor ubica a los controladores del clima por sus actividades específicas dentro de la categoría “dominadores de meteoros”, magos de gran utilidad social: “eran, sobre todo, solicitados cuando las cosechas se veían en peligro por sequía, por exceso de lluvia o por inminencia de tormenta de granizo”.

Según el autor, estos magos generalmente laboraban con un grupo en beneficio de los agricultores y el pago de sus servicios dependía de la magnitud del peligro. Se trataba de una verdadera organización encargada de trabajar con las nubes.

Es importante señalar que las funciones de estos personajes no eran claramente delimitadas ni exclusivas. Podían poseer diversas facultades extraordinarias y desempeñar roles múltiples. Además de su capacidad para controlar el clima, también podrían ser curanderos, hechiceros, nahuales o brujos al mismo tiempo.

En la concepción mesoamericana estas habilidades sobrenaturales estaban interconectadas y no se consideraban como actividades separadas. Los especialistas del control del clima podían combinar sus conocimientos y poderes con otras prácticas mágicas y curativas que formaban un conjunto integral de habilidades en su labor.

Andrés Fábregas, doctor en antropología, se basa en la obra *Teogonía e historia de los mexicanos* editada por Ángel María Garibay, nos habla del "nahual-sacerdote" o *nanahuatlín*. Estos eran conjuradores de granizo, capaces de alejar los vientos dañinos y evitar las heladas, todos los elementos que podrían perjudicar la siembra. Estos *nahuales*-sacerdotes ocupaban una posición jerárquica elevada y tenían la capacidad de transformarse en fenómenos meteorológicos. Su personalidad se consideraba benéfica, en contraste con la labor maléfica de otros nahuales. Su función principal era provocar la lluvia beneficiosa y fertilizante que favorecería el crecimiento de las plantas de maíz.

En 1521, durante la época de la Conquista, las prácticas relacionadas con los controladores del tiempo comenzaron a ser perseguidas. Esta ruptura histórica llevó a que las actividades meteorológicas de estos personajes fueran practicadas de forma clandestina en cerros y cuevas, por lo que se convirtieron en cultos ocultos.

El historiador francés Serge Gruzinski, es uno de los autores que ofrece datos precisos acerca de este proceso sincrético durante la Conquista en el siglo XVI; por ejemplo, estos especialistas rituales utilizaban ya la señal de la cruz o elevaban invocaciones a la Santísima Trinidad en sus prácticas con la finalidad de proteger del mal temporal a los cultivos.

Los historiadores Roberto Martínez y Rocío de la Maza describen en su artículo *Indios graniceros, idólatras y hechiceros. Cuatro documentos coloniales sobre meteorología indígena y prácticas rituales* una serie de cuatro expedientes que fueron recuperados del Archivo Histórico del Arzobispado de México (AHAM). Estos documentos tratan sobre las prácticas de meteorología indígena en el valle de Toluca durante veinte años en el siglo XVI.

Gruzinski señala que en el siglo XVII, como respuesta a las prácticas de los especialistas del clima, algunos frailes intentaron realizar milagros que implicaban la súplica de lluvia y la protección de las cosechas. Esto se llevó a cabo con el propósito de debilitar las prácticas no católicas. En el siglo XVIII, dentro de los rituales para evitar el granizo, se empezaron a utilizar cruces como herramientas para influir en las nubes.

Es preciso resaltar que la mayoría de las ofrendas en México se han realizado en las zonas de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, lo que recuerda la importante relación con el paisaje y la influencia de estos altos montes a lo largo de la historia.

Es relevante destacar que en las comunidades asentadas en las faldas de los volcanes se ha dado una gran importancia a las revelaciones de imágenes en sueños, ya que representan divinidades que se manifiestan para transmitir peticiones y mandatos. Esta creencia ha permitido la continuidad de los tiempers en estas comunidades, puesto que desempeñan un papel fundamental en la preservación de las tradiciones agrícolas.

Los especialistas del tiempo realizan ciclos de ceremonias anuales en las que suplican a los volcanes y a Dios que protejan sus tierras. Éstas son parte integral de su práctica y reflejan su profundo respeto y conexión con la naturaleza. A través de estas tradiciones, buscan mantener el equilibrio y la prosperidad en sus cultivos, en los que se reconoce la importancia de la interacción entre el ser humano y su entorno natural.

Según Johanna Broda, las actividades de los tiempers están estrechamente vinculadas con el ciclo agrícola y meteorológico anual. Estas comunidades tienen una profunda conexión con la naturaleza y comprenden la importancia de mantener un equilibrio entre los fenómenos atmosféricos y las labores agrícolas.

Los tiempers realizan sus rituales y ceremonias en momentos específicos del año siguiendo el ciclo de las estaciones y las necesidades de los cultivos. Por ejemplo, pueden llevar a cabo peticiones de lluvia en épocas de sequía para asegurar un adecuado riego de los campos, o realizar prácticas de protección contra el granizo en momentos en que este fenómeno puede dañar las cosechas.

Estas actividades están arraigadas en la cosmovisión antigua, que comprende la interrelación entre los seres humanos, la naturaleza y los dioses. Los tiempers actúan como intermediarios entre estos diferentes planos buscando mantener la armonía y el flujo adecuado de los elementos naturales para garantizar una buena producción agrícola y el bienestar de la comunidad en general.

Es a través de esta cosmovisión y la práctica constante de los rituales que se preservan las tradiciones ancestrales y se mantiene vivo el legado cultural relacionado con el control del tiempo y los fenómenos meteorológicos en estas comunidades.

En resumen, se puede percibir que la presencia de los especialistas rituales, asociados con el control meteorológico de la lluvia, las nubes, el granizo o el viento sigue siendo una costumbre muy arraigada en algunas comunidades aledañas a los volcanes.

Su intervención en el devenir de la siembra y la cosecha no sólo remite a celebraciones en el paisaje ritual (que comprende, cerro y volcanes además de manantiales, cuevas y barrancas), sino que también mantienen una estrecha relación y un diálogo con las entidades divinas (llámese señores del temporal, Gregorio-Popocatépetl, Rosita- Iztaccíhuatl, Malintzin, espíritus rayistas, *ahuaques*, potencias y *yeyecames*, entre otras, según la religión mesoamericana respectiva) para el buen funcionamiento comunitario.

En tal forma, estos cultos han servido como vehículos para mantener la identidad étnica a través del tiempo. Con el paso de los años la sociedad indígena mesoamericana mantuvo un vínculo particular con la naturaleza, puesto que las condiciones del medio ambiente y los modos de subsistencia precarios de las comunidades campesinas seguían sin grandes variaciones con respecto al pasado. La transformación fundamental se operó a nivel de la estructura social de las comunidades y su articulación con la sociedad dominante.

La posición que tienen los tiemperos o graniceros actualmente como actores sociales en diversas comunidades campesinas del país es vital para el cumplimiento de su función. El contexto estructural en el que se desenvuelven está sujeto a un espacio y un tiempo simbólicos que contribuye a la construcción cultural de México tradicional y rural, concluye Johanna Broda en su obra *Cosmovisión y meteorología indígena de Mesoamérica*.

De esta manera, a través del tiempo, de las tradiciones y de las costumbres, se guardó una memoria del culto que persiste en lo que parece más que un sincretismo, un culto de reemplazo con la intención de preservar la memoria simbólica de indios y mestizos.

Su labor

Los rituales de petición de lluvias y el culto a los cerros han sido ejecutados por ciertos personajes a lo largo de la historia, especialistas dedicados a dirigir las ceremonias, establecer contactos con las divinidades para pedir buenas aguas y proteger las comunidades de los malos temporales.

Para ser guardianes del tiempo tienen que pasar por una serie de experiencias que radican en el golpe de un rayo, sueños con entidades oníricas, así como la superación de enfermedades graves o también es heredado de generación en generación; este trabajo demanda ciertas tareas en las que se tiene que cumplir una función social: controlar el temporal en beneficio a la comunidad.

Estas prácticas de origen tan remoto se fundamentan en una cosmovisión que busca el mantenimiento de equilibrio de los ciclos naturales. Allí los cerros y los volcanes juegan un papel fundamental como fuente de vida, ya que es importante el agua que emana de sus cimas y sus cenizas que aportan importantes nutrientes a la tierra de cultivo.

Según el texto *Solo venimos a dormir, solo venimos a soñar*, de la antropóloga Mariana Xochiquétzal Rivera García, los volcanes representan deidades a quienes se les rinde ofrenda y respeto para que velen por el bienestar de la comunidad, pues son ellos los principales dadores del líquido primordial para la vida: el agua.

En la cosmovisión indígena, los colosos son considerados entes físicos y espirituales con un pie en la tierra y otra en el cielo. Lo mismo sucede con los tiemporos, que hablan con las nubes y con paso sonámbulo atraviesan la realidad para hablar a las deidades y pedir buen clima en el cielo.

Julio Glockner menciona en su libro *Así en la tierra como el cielo* que estos personajes reciben la instrucción ritual, así como los remedios para curar, en los sueños, en donde los seres sobrenaturales aparecen para anticipar, propiciar, diagnosticar o restaurar. Los sueños son la clave para entender la comunicación espiritual con la naturaleza. Todo tiemporo es campesino, pues sólo así se puede entender la importancia del trabajo ritual que ellos realizan.

Y agrega que un buen conjugador se considera a sí mismo como alguien señalado por Dios para trabajar con energías positivas y procurar el bienestar de sus semejantes, que comprenden, según el imaginario geográfico del tiempéro, a la gente de su propia comunidad y su región.

Estos guardianes son concebidos como umbrales o entradas por donde se cree que emergen las sombras de los rayados cuando son liberados de las entrañas de la tierra; esto pasa en distintas cañadas, lomas o volcanes que algunos campesinos de la región tienen en muy alta estima. Los tiempéros son aquellos hombres que garantizan las bondades de la tierra a través de un ritual.

En las faldas del Popocatepetl se encuentra un grupo de campesinos originarios de Morelos llamados *Los Misioneros*, quienes han asumido la responsabilidad de trabajar por el temporal y luchar contra las fuerzas que perturban los sitios sagrados de su región que desequilibran el clima y desarmonizan la naturaleza; de no hacer su labor, ellos aseguran que la lluvia y el alimento escasearía para el mundo entero.

Según el documental, *Misioneros del temporal*, de la Escuela Nacional de Artes Cinematográficas de la UNAM, en colaboración con la Secretaría de Cultura y la Secretaría de Turismo, estos personajes llevan a cabo la ceremonia para los volcanes.

Todo comienza desde la cosecha, donde elevan sus oraciones a Dios:

“Nosotros vamos a sembrar aquí y tú desde el alto cielo le vas a dar tu bendición y el desarrollo a nuestra cosecha, nosotros el trabajo y el cultivo aquí en la tierra, así esperamos tu santa voluntad Padre eterno en el Cielo, en la Tierra y en todo lugar, esperamos tu bendición siempre en esta faena para que vengamos a levantar este fruto de la tierra. Bendito seas señor”.

Los Misioneros del tiempo suben al divino rostro del Popocatepetl a pedir lluvias; este sitio lo describen como un lugar espiritual ya que en él se hace oración para los alimentos.

“Santo espíritu de Dios que trabajas en el divino rostro del Popocatepetl, Padre Mío, Señor en este momento te hablamos para que nos hagas compañía y

tengamos un banquete espiritual en este glorioso día, para honrar la gloria de tu santísimo nombre señor y el espíritu que trabaja en la volcana del Iztaccíhuatl, el espíritu que trabaja en el volcán de Toluca y el espíritu que trabaja en las lagunas de Zempoala. En estos momentos santos les hablamos para que nos hagan compañía y tengamos un banquete espiritual en este glorioso día, para honra y gloria de tu Santísimo y desde este lugar”

Es interesante destacar que, antes de llevar a cabo las ofrendas, los tiemperos dialogan entre sí sobre los sueños que han tenido, los cuales se consideran mensajes divinos que les guían en sus acciones y decisiones. A través de ellos reciben revelaciones del supremo, que les otorga entendimiento y sabiduría para comprender las necesidades del tiempo y cómo actuar frente a ellas.

Los tiemperos reconocen a los mensajeros divinos, aquellos seres o entidades que traen consigo las nubes, los rayos y los relámpagos como intermediarios entre el mundo humano y el divino. Éstos son considerados portadores de los designios de Dios y son quienes transmiten las señales y las indicaciones sobre qué acciones deben tomar frente a las situaciones climáticas adversas.

De esta manera, los tiemperos ven en sus sueños y en la comunicación con los mensajeros divinos una forma de obtener conocimiento y orientación en relación con el control del tiempo y los fenómenos meteorológicos. Creen que a través de esta conexión espiritual pueden interpretar las necesidades del tiempo y actuar en consecuencia para asegurar la prosperidad y el bienestar de su comunidad.

Estos procesos de diálogo, interpretación y acción basados en los sueños y en la comunicación con los mensajeros divinos son fundamentales en la cosmovisión de los tiemperos y en su labor como especialistas del control meteorológico. A través de esta conexión espiritual buscan estar en armonía con el mundo natural y cumplir con las responsabilidades que les han sido encomendadas.

Los especialistas destacan que la lluvia siempre se pide del norte al sur, del oriente al poniente para que abarque todo el mundo; es preciso mencionar que en fechas de

siembra estos personajes van a visitar al volcán cada ocho días para limpiar el sitio sagrado y sahumar la zona.

Para ellos es de suma importancia que los jóvenes sepan sobre esta costumbre en específico, pues conforme pasa el tiempo cada vez es menos la gente que los acompaña en los rituales *Los Misioneros* se dan a la tarea de dar pláticas en las secundarias y preparatorias de la zona para informarles cómo se lleva a cabo la petición de lluvias y, de paso, invitarlos a que participen en las ceremonias.

En su libro *Los volcanes sagrados: Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*, Julio Glockner destaca el trabajo litúrgico de los elegidos, los trabajadores del tiempo, quienes van más allá de la simple petición de lluvias y agradecimiento por un temporal. Según él, su labor implica establecer una relación social con los antepasados a través de negociaciones inmediatas.

Esto significa que los trabajadores del tiempo no sólo se enfocan en interactuar con las fuerzas naturales y divinas para asegurar las condiciones climáticas favorables, sino que también establecen un vínculo con sus antepasados y las fuerzas ancestrales que se creen habitan en los volcanes sagrados. Por medio de sus prácticas rituales y litúrgicas, los trabajadores del tiempo buscan mantener una conexión con los antiguos guardianes del territorio y establecer una relación de reciprocidad con ellos.

En este sentido, el trabajo litúrgico de los trabajadores del tiempo se convierte en una forma de mantener viva la memoria ancestral y de honrar a los antepasados. Estas prácticas no sólo están vinculadas al control meteorológico, también tienen un trasfondo social y cultural más amplio en el cual se refuerzan los lazos con la tradición y se busca preservar la identidad de la comunidad.

En resumen, el trabajo litúrgico de los trabajadores del tiempo, como lo describe Glockner, va más allá de las simples peticiones de lluvia y agradecimiento. Implica establecer una relación social con los antepasados y negociar con las fuerzas ancestrales para asegurar la armonía con la naturaleza a fin de mantener viva la memoria y la identidad de la comunidad.

Al morir, el tiempero se transforma en el portero de ese gran mundo espiritual que subyace en la tierra por el cual emerge prodigiosamente la fertilidad y de donde provienen las fuerzas meteorológicas animadas por los espíritus de los ancestros.

Efectivamente, la palabra tiempero está relacionada con el control del tiempo y le otorga una dimensión meteorológica. En el contexto del lenguaje ritual, como menciona Guillermo Bonfil Batalla en *Los que trabajan el tiempo. Notas etnográficas sobre los graniceros de la Sierra Nevada, Anales de Antropología*, los especialistas se autodenominan como "trabajadores temporales". Esta designación destaca su papel activo y directo en la manipulación y gestión de los fenómenos climáticos, en particular del granizo, la lluvia y el viento.

El término granicero se refiere específicamente al especialista que se encarga de controlar el granizo, pero también implica su capacidad para influir en otros aspectos climatológicos relacionados con la lluvia y el viento. Estos especialistas están íntimamente vinculados con el manejo de los fenómenos meteorológicos y se les atribuye la habilidad de canalizar y dirigir estos elementos naturales.

El documental *El Popo y el Iztaccíhuatl: los guardianes del agua*, del Sistema Público de Radiodifusión del Estado de México, ofrece una visión interesante sobre la labor de los graniceros y su relación con el agua y los fenómenos climáticos. En la entrevista que realizaron a Moisés Vega Mendoza, un granicero de Ameca, se resalta la importancia de rendir tributo y hacer peticiones en *La casa del agua*, ubicada en el Iztaccíhuatl, con el propósito de solicitar condiciones climáticas favorables.

Moisés Vega Mendoza enfatiza que los graniceros no buscan conocer a otros graniceros, sino que se centran en trabajar dentro de su congregación y utilizar los sueños y las enfermedades como herramientas para curar y cuidar los campos, ya que están estrechamente vinculados con las siembras y la agricultura.

En el Iztaccíhuatl hay aproximadamente de 10 a 15 espacios rituales, entre ellos están los abrigos rocosos, cañadas, ojos de agua, manantiales y cascadas donde se pueden encontrar cruces y ofrendas. Parecería que muchas personas en el mundo

encuentran en la montaña un espacio sacralizado en el cual rendir una ofrenda para recibir el vital líquido.

Durante todo el documental, el granicero hace presente las ofrendas al volcán Iztaccíhuatl:

“Es aquí donde venimos a ver a nuestra madre Iztaccíhuatl, que también es conocida como Chalchitlicue, y de aquel lado están otras cruces en el *Popo* pero aquí María Blanca es más sagrada porque es la que alimenta de agua a todas las cuencas de nuestro México; el volcán también tiene agua, pero tiene más la Iztaccíhuatl”.

“En esta cueva es donde hacen la ceremonia al Iztaccíhuatl y es en esta montaña donde emana el líquido para todo México; el bosque se conforma principalmente por bosques de coníferas, pero en la parte más alta podemos encontrar pastizal alpino de igual forma filtra agua y almacena gran cantidad de carbono; la montaña nos enseña a respetar a la naturaleza, animales y sobre todo el agua que es para nuestro beneficio”.

Los guardianes del temporal son hombres de altura, es decir, que viven cerca de la montaña en donde se forma la nieve, ellos desde muy temprano hacen la lectura del cielo, si la Luna viene canteada, tiene agua; si viene amarilla, trae calor. El granicero desde muy temprano cumple con su labor; si las nubes están negras indican que vienen torrenciales, y si vienen blancas apenas se van preparando.

Revelación

La visión de los volcanes como seres sagrados y la personificación del mundo natural es una parte importante de las creencias y cosmovisión de muchas culturas. En estas concepciones son considerados como seres vivos con su propia voluntad y poder. Esta forma de entender el mundo natural no se limita sólo al ámbito mítico, sino que también se extiende a la temporalidad histórica, ya que han sido testigos de eventos históricos a lo largo de los siglos.

Es cierto que en el pasado ha habido pueblos que han quedado sepultados bajo la lava, y los arqueólogos ocasionalmente descubren vestigios de estas culturas. Aunque los espacios que ocuparon puedan haber pasado a formar parte del paisaje urbano o rural actual, esto no implica que la historia y la cultura asociadas a esos pueblos hayan desaparecido por completo. Los vestigios arqueológicos y la memoria de las comunidades locales pueden mantener viva la historia y el legado de esos pueblos que vivieron en estrecha relación con los volcanes.

La integración al paisaje no significa la muerte de la cultura, sino que es una continuidad en la relación entre las personas y su entorno natural. Los volcanes siguen siendo seres sagrados y parte importante de la cosmovisión y las prácticas de las comunidades que los rodean. La conexión con el pasado, la reverencia hacia la naturaleza y la valoración de la historia son elementos fundamentales en la comprensión y el respeto hacia los volcanes y su significado en la vida de las personas.

Tal como lo plantea el escritor Manuel Mejía Vallejo:

“El paisaje entre nosotros es algo que vive, que palpita, que tiene pasiones, que crea y que destruye, que incita y enloquece: Yo lo amo como un estado del alma, como venda o como herida. Y así como el pez no lo concebimos sin el agua, así sin el paisaje no podemos concebir al hombre, porque éste vive entre la sinfonía de la naturaleza; porque el paisaje, sintámoslo o no, se nos mete espíritu adentro y crea la más grande de las reacciones.”

Un paisaje, dice con razón Octavio Paz en su obra *Corriente Alterna*, no es la descripción más o menos acertada de lo que ven nuestros ojos, sino la revelación de lo que está detrás de las apariencias visuales:

“Un paisaje nunca está referido a sí mismo, sino a otra cosa, a un más allá. Es una metafísica, una religión, una idea del hombre y del cosmos”. Es, desde esta perspectiva, donde debemos de pensar a los volcanes para comprender otras formas de relación de los hombres con su espacio natural, formas que están más allá de la mera utilización de la naturaleza como un recurso puesto a su servicio. Sólo aquí podrá captarse el sentido de los mitos, creencias y prácticas rituales que han surgido en torno a las montañas, cerros y volcanes del centro de México.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Los principales mensajeros de las montañas y los que habitamos esta tierra con el paso del tiempo van muriendo y con ellos se desvanece gradualmente una manera de concebir y vivir el mundo: Teófila Flores, Trinidad Grande, Manuel Jiménez, Lucio Campos, Pascuala Texcatl, doña Presi y don Rejo, ya no están entre nosotros, pero su presencia, según su propia cosmovisión, adquiere hoy nuevas formas que les permite revelarse en sueños o estar presentes en las invocaciones que de ellos hacen quienes

continúan los rituales como trabajadores del temporal, pidiendo la lluvia en la oscuridad de las cuevas, en los nacimientos de agua, en la cima de los cerros o pisando la nieve del volcán mientras pasan las nubes sobre sus cabezas.

Julio Glockner relata en su libro *Los volcanes sagrados*, la historia de doña Teófila, una granicera de 94 años que vivía en el pueblo de Hueyapan, Morelos. Una tarde de abril en que la lluvia había encendido los verdes campos, le contó al escritor de la muerte temporal que tuvo de pequeña. Glockner describe que estaban sentados en pequeñas sillas de madera cerca del fogón de la cocina. El resplandor del fuego y la pálida luz que entraba por la puerta creaban un espacio de paz en aquel cuarto oscurecido por los tantos años de humo sobre las paredes de adobe. Después de un silencio en el que resaltaron los sonidos de las cucharas meneando el café, doña Teo comenzó a platicar:

“Vino el relámpago y me mató veinticuatro horas. Me velaron toda la noche y al amanecer ya me van a enterrar. Yo nomas sentí como quien me arrempujó y me privé. Me rezaron toda la noche, hasta que amaneció. Eran como las seis, se levantaron mi mamá y mis tías, y ya se van a moler; otras ya fueron a traer la caja para que me vayan a sepultar. Cuando vieron, ya estoy sentadita, era yo chiquita, de diez años. Dice mi tía que cuando vino de moler me vio que ahí ando, así, como que ando buscando alguna cosa, ¿Qué buscas?, me dice. Pues aquí mi jicarita y no parece, le digo.

“Quesque entonces dijo mi mamá: Uuuuh ya no me gusta mi hija, va a ser tetonalalli, va a poner sombra cuando sea grande. Y sí, fue cierto, yo levanto sombra, yo pongo sombra, pero ella no quería, decía que no, que da vergüenza. Después, cuando ya venía el tiempo, enrollaba yo mi petate y me metía adentro para que no me pegue el rayo. Tenía yo mucho miedo porque me pegó acá en la cabeza, acá me pegó y me recorrió todo el cuerpo hasta acá, hasta mi pie. Todos los dientes de arriba. Fue en el solar de mi casa donde la centella me desbarrancó, porque no fue rayo, fue centella. El rayo es como un hacha y la centella es así, redondita, como una canica y por adentro está agujerada; son de piedra las dos, pero la centella no mata.”

Doña Teófila, al igual que todos los tiempersos se comunicaba por medio de sueños, pero con el paso del tiempo disminuyó, ya que ella no tenía la fuerza para subir a los volcanes a ofrendarlos y así lo describe en la plática con Glockner.

“Ya no sueño como antes, nomás sueño cuando no hay nada de fruta ni con qué se va uno a mantener. Antes soñaba yo mucho porque subía todos los cerros, pero ahora ya no, ya son trabajos míos.

“Cuando sueño viene un hombre grande, blanco blanco, güero, y ahí me habla –dice indicando con la mirada el patio llovido de su casa. Trae un caballo blanco y una espada, relampaguea, brilla, me dice: ¿qué estás haciendo?; le digo: nada, pasa. Dice: ¿por qué me has dejado?, yo no tengo ropa, yo no tengo qué taparme; le digo: pues no he ido porque ya no tengo fuerza. Dice: las fuerzas te las voy a dar, si quieres vamos. Dice: ¡Ay mujer!, ¿no me conoces?, no, le digo, no lo conozco, ¿quién es usted? Entonces pone el brazo aquí en mi cuello, como que me abraza, está frío, frío, paso a despertar y comienzo a rezar, me pongo a llorar, digo ¡ay dios!, ya no puedo ir, ya no tengo fuerzas. Entonces mando a mis muchachos, les digo: ¡anden, vayan a dejar esta ofrenda!”

Es comprensible que doña Teófila, al no poder subir a los colosos, buscó un lugar cercano que le permitiera mantener su conexión espiritual y rendir sus ofrendas. La elección de una vena de agua del Popocatepetl como sitio para realizar sus rituales y colocar su ofrenda demostraba su devoción y respeto hacia el volcán sagrado.

“San Juan Popocatepetl con su santo bautisterio tribunal, con sus santos aguadores y aguadoras y relámpagos y tronidos, pasen a tomar su santísima reliquia. Sus santísimas gracias nos socorran. Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, que no se me arrinconen esas nubes. ¡Ya es hora de trabajar! Venimos a saludar a nuestro padre Jesús, que anda corriendo sobre las nubes ... señor San Pedro mucho cuidado con esos rayos, con esas centellas, pasa a recibir tu santísima reliquia... costa chica, costa grande, mares y lagunas, neblina y reneblinas, pasen a tomar su santísima reliquia Ya es hora de trabajar. Vámonos trabajando para todo género humano,

parejito rico y pobre, para las santísimas sementeras, campos y verduras... puerta del cielo, trueno del cielo, espejo del cielo, ¡que se abran esas puertas para todos, no nomás para unos! Como Dios me ha dejado en este mundo para trabajar, aquí no hay envidia, aquí no hay discordia, aquí venimos de corazón, aquí venimos con todo anhelo para ti. La bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.”

Esta evocación presenta una unión mágica entre la palabra y el objeto nombrado; este vínculo lo hace un tiempereo que forma parte de la creación y del mantenimiento del orden meteorológico. La parte principal y originaria de esta valiosa función que realizan los conocedores del tiempo es la manifestación onírica.

Julio Glockner comparte en su libro *Los volcanes sagrados* que para doña Teófila, como para María Sabina, no existía una ruptura entre el sueño o la visión con la vigilia o la sobriedad, no pertenecen a realidades distintas, al contrario, hay una continuidad, una correspondencia entre ambos mundos fincada en la revelación de lo sagrado. El hombre montando a caballo con quien habla doña Teófila en su sueño es tan real como el mismo volcán porque es el propio volcán.

De ahí la fuerza del sueño como experiencia sagrada, pues no se trata de una representación de la montaña en el sueño como experiencia sagrada, sino de una transposición del coloso en el sueño.

En el caso de los sueños de los tiempereos, la ausencia de la voluntad consciente no es vista como una ausencia, sino como una situación. Aquí la voluntad personal es sustituida por una voluntad divina que le revela ciertas verdades y le encomienda ciertas tareas que habrán de inducirla a cumplir un destino. La revelación en sueños no se mantiene en secreto, como una experiencia estrictamente personal; al contrario, poco a poco se va socializando, pasa la prueba de aceptación y reconocimiento de la colectividad, si no de toda, al menos, de la de algunos de sus miembros, de aquellos que haciendo suyo el mensaje de la tradición del que es portador el sueño se disponen a colaborar con el tiempo como rezanderos o simplemente acompañantes.

Don Trinidad es tiempero de San Buenaventura Nealtican, Puebla, y el día que se inició, según relata Glockner, le apareció un arcoíris sobre la cabeza. Su maestro, don Lucas, le dijo que el arco de colores era una señal de que había sido coronado, es decir, que su iniciación no sólo había sido bien recibida por los volcanes, sino que además les otorgaban un reconocimiento especial a sus facultades como trabajador del tiempo.

Glockner hace énfasis en la anécdota que le contó don Trinidad y relata que el tiempero decía que todo estaba poblado de espíritus, que en las piedras, las nubes, las corrientes de agua y de aire habitaban espíritus que nos observaban constantemente para protegernos o atacarnos. Por este motivo todos tenían que ser cuidadosos con su conducta, en particular los conocedores del tiempo, pues tienen contacto directo con ellos.

Don Trini considera que uno de los espíritus de aire más poderosos es Francisco Cerro Gordo, a quien invariablemente invitaba “para que pase a merecer” de la ofrenda que le obsequia a Gregorio y Manuelita. A Lorenzo Cuatlapanga, en cambio, le pedía el rayo para que alejara el granizo, pues según el tiempero de Nealtican era el estruendo en el cielo el que ahuyentaba las granizadas.

Guillermo Bonfil publicó *Los que trabajan con el tiempo. Notas etnográficas sobre los graniceros de la Sierra Nevada*, producto de un estudio sobre la organización religiosa tradicional y su relación con la vida social y cultural en la región de Amecameca, en el Estado de México.

En él descubre en varios pueblos cercanos a las faldas de los volcanes la existencia de las corporaciones de graniceros en torno a un templo-cueva. Los graniceros son especialistas en el control mágico de las lluvias y de otros fenómenos atmosféricos como la nieve, el granizo, los vientos y el arcoíris. Las personas destinadas por los poderes divinos a formar parte de las corporaciones recibían “de lo alto” una terrible señal que consistía en que un rayo cayera sobre su cuerpo. Si la persona sobrevivía y asumía su destino, debía vivir a partir de ese extraordinario suceso como un aurero e ingresar a una de las corporaciones existentes; si moría, su espíritu se convertiría también en un “trabajador temporaleño” que colaboraría con los aureros “desde lo alto”.

La existencia de corporaciones de graniceros, tanto en el Estado de México como en Morelos cumple entre otras funciones la de regular posibles conflictos entre los trabajadores del tiempo. En Puebla, los tiemperos carecen de esta institución y están expuestos con mayor facilidad a las rivalidades, que en algunos casos llegan a ser tan fuertes que imposibilitan el trabajo conjunto. Las diferencias más significativas entre ellos se deben a la ausencia de un código simbólico común, de modo que cada uno organiza su ritual de acuerdo con las revelaciones que ha tenido y eso provoca malos entendidos y fricciones entre los tiemperos y la gente cercana. Sin embargo, esta situación no impide que circunstancialmente colaboren dos o tres conjugadores en una misma ceremonia.

En estos casos quien tomó la iniciativa e hizo la invitación desempeña el papel de anfitrión ritual. Sus huéspedes colocan sus respectivas ofrendas y participan en la ceremonia restringiendo sus propias costumbres rituales, lo cual no les resulta del todo satisfactorio. Si las diferencias simbólicas son tan grandes que provoquen una ruptura entre conjugadores, entonces cada uno trabajará por su cuenta y este rompimiento se integrará a la lógica general de la concepción mágica del temporal, en función de la cual se responsabilizará al otro por las fallas o las diferencias que adviertan en el clima.

La actitud de los tiemperos al disponer de ofrenda es la de un anfitrión generoso que invita constantemente a los comensales a probar y disfrutar de los alimentos que ceremoniosamente les ofrecen.

Su voz se escucha con una entonación de concordia que no deja duda de que está acompañado, que están ahí, ante él, los volcanes y todos los espíritus de las montañas presentes en ese lugar sagrado listos para recibir los dones que los guardianes del tiempo les entregan.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

**Antonio Analco Sevilla Tiempere de la comunidad de Santiago
Xalitzintla**



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Llega mayo. La semilla reposa ya en la tierra y espera ansiosa la lluvia que le permitirá crecer para convertirse en el alimento de quienes la cultivaron. En medio del firmamento, en la Sierra Nevada de la cuenca del valle de México, se distingue entre la niebla el rostro dormido de dos grandes volcanes, el Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Desde la época prehispánica se sabe de la existencia en esta región de grandes “brujos llovidazos”, o agoreros, como los llamaron posteriormente los cronistas de la época.

Actualmente los conocemos como tiempereos, de quienes se decía que eran capaces de hacer llover a voluntad.

El conocimiento tradicional local sobre la naturaleza y el universo constituye uno de los pilares de la cultura inmaterial, cuya importancia trasciende en el ámbito mundial como parte de un antiguo legado que persiste hasta hoy. La naturaleza y la percepción humana se concatenan formando una unidad que es el espíritu de cada uno de los

elementos, del paisaje y del universo mismo, en el cual el ser humano ocupa su propio lugar sin olvidar el plano materializado en la sociedad, del que emerge la figura del hombre de conocimiento llamado curandero, ritualista, hacedor de lluvias, tiempero o granicero, a quien le fue heredado, entre otras cosas, el don de comunicarse con estos espíritus para propiciar sus favores, o bien, su furor.

Entre las luminosas montañas que se pueden apreciar en el pueblo, don Antonio Analco nunca ha salido de su pueblo, pues es integrante fundamental de este lugar y siempre se ve acompañado por su esposa, ya sea en el transporte que va a San Nicolás como en los campos arando su tierra.

Hace aproximadamente 13 años don Antonio se caracterizaba por tener una larga trenza, cuentan los lugareños que observaba el cielo y simulaba con las manos que cortaba las nubes, posteriormente daba un giro y con su larga trenza las esparcía.

Antonio Analco Sevilla es el tiempero de Santiago Xalitzintla. Esta comunidad se encuentra en San Nicolás de los Ranchos, Puebla. Él es conocido en distintos lugares porque es solicitado por los campesinos de otras localidades y municipios. Incluso, ha sido buscado por varios académicos en el ámbito antropológico, quienes bajo diversos enfoques han descrito detalladamente las ceremonias y el proceso de su iniciación. Un importante ejemplo que hay que subrayar son las obras de Julio Glockner, quien desde finales de los años noventa del siglo pasado hizo público el conocimiento de don Antonio.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El especialista del tiempo relata que desde muy niño aprendió las labores del campo. Primero, cuidando el ganado que era de su padrastro: unos cuantos borregos, chivos y vacas. Entonces, todas las mañanas, con los primeros rayos de sol, subía desde el pueblo de Santiago Xalitzintla hacia las faldas del volcán llevando a los animales a pastar todo el día, hasta que empezaba a atardecer. Llevaba consigo alguna comida que le preparaba su madre Alejandra Sevilla.

Antonio tenía mucho tiempo libre para jugar con la tierra arenosa mezclada con ceniza haciendo pequeñas montañas. Hacía verdaderos mapas de tierra con los volcanes, como guardianes de todo el universo, que él construía en un pequeño montón.

Les colocaba cruces de carrizos y zacate. Luego, con el guaje en el que llevaba su agua, los rociaba para hacer de cuenta que llovía. Con su chicote para arrear a las vacas pegaba en la tierra para simular los rayos. Nunca supo por qué jugaba de esa manera, pero le gustaba hacer los volcancitos de tierra e imaginaba que llovía y tronaba el cielo.

También tenía sueños con los volcanes. Antonio relata que un día habló con *Doña Rosita y Don Goyo*:

— "Él me dijo:

— 'Con el tiempo vas a venir acá arriba'

Pero nunca entendí lo que me quiso decir ni por qué tenía yo que llegar. Hasta que un día me llevaron al campo unos tíos. En ese tiempo todo el pueblo se vestía de manta y a mí también me vestían así”.

Mis tíos y mi madre hablaban la lengua mexicana, yo también la aprendí, pero la dejamos de usar desde hace mucho tiempo porque muchas autoridades nos decían que éramos indios, ignorantes y que si no sabíamos hablar como la gente de razón mejor ni fuéramos a pedirles nada. Por eso, por la necesidad que teníamos de acceder a los trámites que nos pedía el gobierno para algunos apoyos que nos daban del campo, tuvimos que hablar el español. Ahora en el pueblo ya casi nadie habla su lengua madre.

En aquella época casi todos andábamos descalzos, solo algunos tenían huaraches. Yo no conocí a mi padre, él murió cuando yo era muy niño. En ese entonces andaba con mis tíos casi todo el tiempo, ya luego mis tíos me dijeron que mi padre fue tiempero. Mi papá no le enseñó el arte de hacer lluvia a nadie, los recuerdos que tengo de él solo provienen de pláticas de tíos y abuelos.

En ese tiempo en que yo iba a arrear el ganado me encontré a *Don Goyo* en un paraje que se llama *mulalcolatl*. Iba yo con mis tíos, ellos iban hablando mexicano cuando vi que venía un señor alto, con una manta ya muy desgastada por el uso. Mis tíos iban hacia delante.

Cuando el señor pasó junto a mí me rodeó y preguntó:

—¿A dónde vas hijo?

—Voy a cuidar las vacas

—Mira, con el tiempo, cuando acabes de crecer, tú vas a llegar al cerro humeante, cuando tengas tu esposa, allá te espero, porque tú ya has ido; tú ya conoces, pero sólo en sueños y en espíritu, cuando vayas en persona serás bien recibido, aunque lleves a mucha gente ellos no me van a ver. Sólo tú. Te voy a decir qué es lo que necesito, las cosas que me hagan falta y lo que me

vas a llevar, porque no puedo darme a conocer con todos. Vas a llevar todo lo que te encargue y vamos a mantener comunicación porque tú vas a ser mi enviado, yo soy Gregorio Chino Popocatépetl.

Con el paso del tiempo fui creciendo y como joven empecé la labor de la milpa, todo lo aprendí de mis tíos. Entonces los juegos que hice de niño en las laderas del volcán, lo quise seguir haciendo en la milpa y me di cuenta de que la lluvia, el viento y las nubes actuaban como un conjunto, sobre todo las nubes que se formaban en el mismo volcán.

Un día soñé con una gran serpiente que bajaba desde lo alto del volcán sin tocar la tierra, como si fuera una nube. La serpiente era muy grande, con una piel lustrosa que parecía que tenía plumas. Nunca me dio temor porque en el fondo sabía que esa serpiente era la que propiciaba la lluvia. Cuando soñaba con ella sabía que iba a llover y que habría una buena cosecha, que las lluvias iban a ser buenas, para que se lograran las milpas. Entonces, las piedras que tenían cierto tipo de formas, similares a papas, mazorcas, frijoles, e incluso granizos, las recolectaba para las ofrendas, pero no deben ser provenientes de cualquier lugar, hay sitios específicos que conozco a través de los sueños de los cuales sé que puedo recolectar esas piedras. Yo tenía quince años, fue en ese entonces que me junté con la que hoy es mi esposa.

En ese tiempo comencé a hacer ceremonias en lo alto del volcán. Ya desde niño conocía las flores del temporal, por eso cuando crecí pude hacer mis cruces y enflorarlas. Pero todo eso lo he podido hacer con los sueños; *Don Goyo* me dice cuándo quiere que se le celebre, él me dice qué cosas quiere y me reconforta diciendo que no tenga miedo cuando suba, aunque haya fumarola. Si él me avisa que no va a pasar nada yo no debo de tener miedo porque, de lo contrario, las personas que me acompañan van a salir corriendo cuando vean que cae arena o ceniza.

—Si te aviso no tengas miedo, nada va a suceder, nada va a pasarte.

Me dice *Don Goyo* en sueños y yo le digo a la gente que me sigue, porque es algo sagrado lo que nos dejó la tierra.

El gobierno puede reclamar la tierra por el interés que tiene en el dinero, pero eso va a depender si la gente lo obedece. La experiencia nos puede decir que al final de cuentas todo viene de lo sagrado, no de la gente. Por eso cuando estamos rindiendo tributo y del volcán comienza a salir fumarola y cae ceniza o arena, le digo a la gente que no tenga miedo porque yo sé que no va a pasar nada, el volcán me ha dicho que faltan muchos años para que suceda algo, así que no sé si viva para verlo.

Durante todo el mes de marzo siembra la gente. Es entonces cuando hacemos la primera ceremonia en lo alto del volcán humeante. Entonces subo a pedir la lluvia, y es cuando las personas comienzan a cultivar en sus parcelas. Hasta junio se hace lo que llamamos "el cajón", y consta de en pleno cultivo se trabaja la milpa para que crezca, hasta noviembre, que es cuando se cosecha. Junto a la milpa se siembra también frijol, calabaza, tomate y chile. En el río recojo las piedras que nos van a servir para bendecir la milpa, las que nos van a ser propicias para el maíz, la papa, el chile y el tomate; para no perder la cosecha, traigo las piedras necesarias para ello.

Cuando tenía quince años empecé a hacer ceremonias en lo alto de los volcanes, ofrendando frutas, comida, velas, incienso, oraciones, enflorando las cruces, todo tal como me lo pedía *Don Goyo* en los sueños. Luego la gente empezó a acompañarme hasta que se fue juntando toda la comunidad desde hace 50 años hasta el día de hoy.

Los procedimientos del ritual los aprendido por medio de sueños, siendo mis maestros los volcanes. Ellos me dicen que quieren. Así les llevamos lo que podemos. Antes de la ceremonia nos organizamos y luego voy en persona a llevar lo que me fue encomendado. La comida la elige él. Me pide carne de res, pollo, guajolote con mole o a veces me ha pedido pescado.

Al igual que cuando era niño, con una jícara echo agua simulando la lluvia. Los graniceros cuando quieren hacer mal, imitan con otros elementos, el granizo lo atraen entonces dañan las cosechas. También hay conocedores del tiempo que no sólo atraen la buena lluvia, también hacen daño.

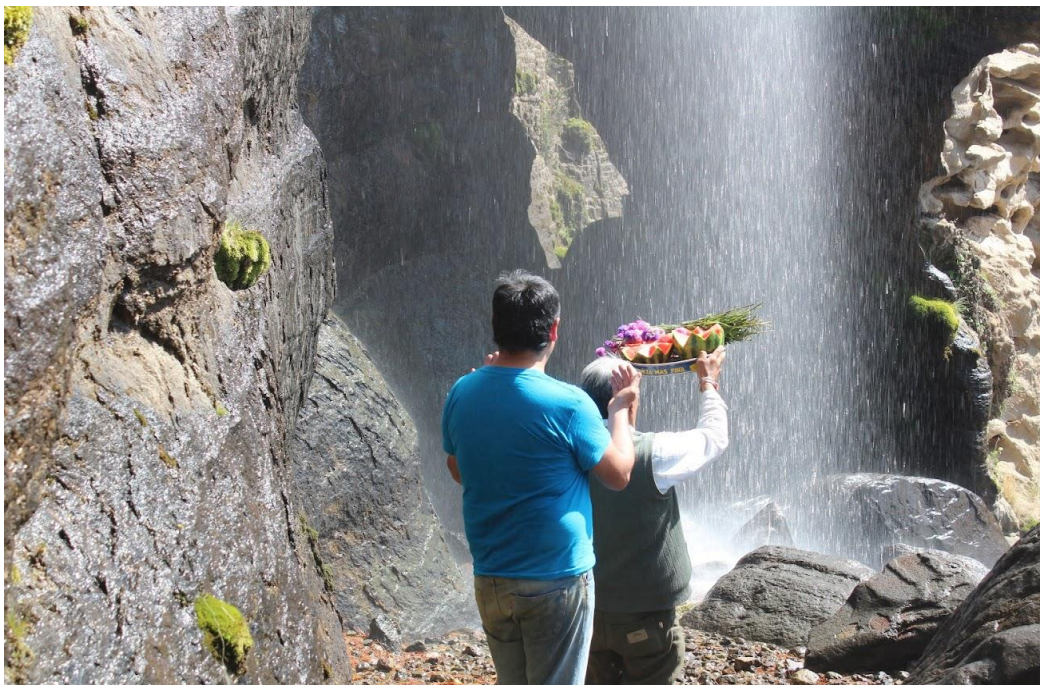


Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El don que tiene el tiempiero no solamente sirve para hacer el bien a las cosechas, pues afirma que también puede curar algunos males de los habitantes de la comunidad, muestra de esto nos relata lo siguiente.

“Una de las primeras curaciones que hice fue hace varios años, cuando mi hijo Silvestre estaba chiquillo, será hace unos treinta años o más, era un 2 de noviembre, Día de Muertos, cuando estaba mi hijo con uno de sus amigos poniendo la ofrenda en el altar.

“El amigo se la pasaba come y come los alimentos de la ofrenda el mismo día que los difuntos llegan en espíritu para alimentarse y disfrutar de sus platillos. Luego de que estuvieron los dos chiquillos ayudando a poner la ofrenda, el amigo de Silvestre se regresó a su casa, después de unas horas vino a buscarnos la mamá del chamaco para decirnos que su hijo empezó a retorcerse y se le fue la cara chueca.

“Yo le dije que en el momento en que los difuntos están en la mesa no se debe de comer nada que este sobre el altar, es hasta después de su partida cuando se les pide permiso para ingerir su comida, y el chamaco no me hizo caso y agarró un mal aire;

entramos a la sala a decirles a los finados que lo disculparan. Agarré tepopote, que es una plantita seca, la quemé en el *tlacuil* y lo sahumamos.

Lo mismo pasa cuando dejamos las ofrendas en las ceremonias a los volcanes. En especial algo así sucedió en la cueva de la volcana. Algunas personas que llegaron con nosotros hasta ahí no aguantaron el hambre, iban de mala gana o se burlaban. Un muchacho se comió el guajolote de la ofrenda, sin ningún respeto y sin pedir permiso, casi al terminar de bajar se desmayó y se quedó privado, como muerto, los papás fueron a buscarme.

“Entonces entré a la cueva sagrada a hablar con los “señores divinos”, a pedirles que le entregaran la salud al muchacho porque estaba ya muy frío; les dije que él había venido a la celebración de los volcanes en buena fe, y les pedí que regresara en sí el muchacho. En ese momento ni comimos por estar cuidando al chamaco. Luego de pedir dentro de la cueva sagrada, el joven despertó y le dije:

— ¿A dónde te fuiste? ¿Dónde estabas?, ya te habías ido. ¿Qué veías?

—Me vio y suspiró.

“Cuando alguien enferma de susto por alguna impresión que haya recibido en el monte se le va su ánima. Entonces, la persona se empieza a enfermar, empieza a sentirse mal. Lo que hacen los curanderos es regresar al monte, justo en el lugar donde la persona se asustó, y dejar en intercambio al dueño del monte las prendas de la persona. Hacen una especie de muñeco con sus prendas y ofrendan comida, aguardiente, cigarros, copal o incienso. Entonces, los guardianes del monte liberan el alma de la persona asustada y reciben la ofrenda. Así, la persona se alivia y no muere.

“Otros casos que me ha tocado curar son a los que les cae la centella o rayo, cuando en el momento no le haya pasado nada, luego enferma de gravedad. De inmediato es necesario subir al volcán y ofrendar de manera especial en la cueva sagrada; sólo así se recupera la persona atacada por el rayo.

“En Santiago Xalitzintla no existe otro tiempero, soy el único. Los mayordomos antes me venían a ver para hacer el ritual. Era muy bonito, toda la comunidad estaba

unida. Ahora, las últimas ocho mayordomías se metieron a interrumpir el orden de los rituales. Ya no ayudan con el gasto de la ceremonia, ellos hacen una ceremonia aparte como si tuvieran en don. Han confundido a la gente de la comunidad y de los pueblos vecinos.

“Me siento triste porque no están cuidando el monte. Diariamente se ven a los talamontes cortando los árboles y varios camiones llenos de madera que están acabando con las montañas. Ya casi no hay gente a la que le importe, los camiones siguen pasando una y otra vez sin que ninguna autoridad les diga nada. El mismo comisariado ejidal les dio permiso de que pasen a cortar la leña y cobren por permitirles talar. Cuando saben que van a venir los de Semarnat, avisan por micrófono para que no salgan de sus casas.

“Y aunque el pueblo se divida en dos por los mayordomos, mi fe y respeto a *Don Goyo* será inquebrantable; yo seguiré fiel a los volcanes porque son ellos los que nos dan el agua para que crezcan las cosechas y no se pierda la naturaleza. Y entiendo que hay personas que talan y destrozan el monte, dañan el agua y la venden como si fuera de su propiedad, además de quitársela al pueblo, ellos sólo van detrás de sus intereses y del dinero.

“Si no paramos esto, la naturaleza se acabará, nuestros hijos y nuestros nietos padecerán la falta de agua; nuestros cerros los están destrozando las mineras. Los lugares sagrados, como ríos y montes, están desapareciendo; lo que antes era un paraíso está ahora en peligro de ser un basurero. ¿Qué será lo que haremos cuando los montes y ríos de nuestro paisaje ya no existan? ¿Quién defiende el paisaje? ¿Qué ley protege el paisaje?”

El paisaje es realmente una forma de arte, un poema vivo que la naturaleza nos regala constantemente. Es un poema que se puede sentir, oler y que rebosa la vida en cada rincón. El paisaje no sólo enriquece nuestro legado y propone una tradición, sino que también contribuye a forjar nuestra autonomía a través de la construcción de una identidad arraigada en nuestras raíces. Por esta razón, el paisaje merece ser protegido y apreciado por todos.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Los majestuosos volcanes

“Déjame ver cómo va entrando por mis pies
Esta tierra latiendo que va encendiéndome la piel
Y puedo ver la raíz, sentirme tierra también”
Pascual Cantero

Importancia de los colosos en México

La espiritualidad es la vida interior y los rituales religiosos tienen que ser interpretados como un poema simbólico, ya que la realidad que expresan es poética, así como su lenguaje. La sublimidad de la poesía, sobre todo y ante todo, es creación, al igual que el paisaje y la fe. Este último elemento es fundamental para creer, volverte parte, entender, y tener la fuerza de comunicarte con el entorno, y no sólo eso: entenderlo, saber su historia, valorarlo y sentirte orgulloso de tus raíces.

La fe te da la fuerza para poder subir un volcán activo, uno de los más peligrosos de Latinoamérica, volverte parte de él y conectar mente, espíritu y cuerpo para convertirte en naturaleza. Las montañas han sido cómplices de la fortaleza de muchos personajes que ahora son leyenda. En ocasiones, han forjado el carácter de revolucionarios y otras tantas se han vuelto cómplices, actuando como escondites y velando el sueño de campesinos en lucha.

Emiliano Zapata, según cuentan los pobladores de las faldas del volcán, cuando llegaba el gobierno a Tlaltizapán, salía con toda su gente rumbo a Puebla. Se escondía en las montañas y volcanes, y cuando el enemigo se alejaba, bajaban a Santiago Xalitzintla, San Mateo o San Nicolás, donde permanecían por meses pidiendo asilo a los nativos. En estas tierras hay bastantes historias, al igual que admiración para el general Zapata.

De todas las maneras posibles quien se acerca a estos volcanes, Popocatepetl e Iztaccíhuatl, crea una intensa relación con estas montañas, ya sea desde la satisfacción

de alcanzar su cumbre en la primera oportunidad o intentarlo hasta el cansancio como le ocurrió al Che Guevara.

La historia cuenta que en julio de 1955, Ernesto Guevara, el rey de los caminos con un espíritu inquieto y alma viajera, el que cultivó aventuras en solitario o al lado de amigos, enfrentó en aquel mes a *Don Goyo*, pero no logró la cumbre. El 26 de julio de 1955, en una carta fechada en la capital mexicana, el médico argentino relata la excursión a su madre:

"Tomé el *Popo* por asalto, pero a pesar de mucho heroísmo, no pude llegar a la cima. Estaba dispuesto a morir por ello, pero mi compañero de escalada cubano me asustó porque se le congelaron los dedos de los pies. Estuvimos seis horas luchando contra la nieve que nos enterraba hasta la cintura, y con los pies totalmente empapados ya que carecíamos del equipo adecuado".

La historia dice que el mismo Fidel Castro recuerda a Guevara:

"Todos los fines de semana tratando de subir el Popocatepetl, preparaba su equipo de alta montaña, iniciaba el ascenso, hacia un enorme esfuerzo y no llegaba a la cima"

Recordemos que el Che Guevara tenía asma y esto obstaculizaba sus intentos al subir, pero nunca desistió a la semana siguiente intentaba de nuevo subir el *Popo* y no llegaba.

Hacía el esfuerzo heroico, aunque nunca alcanzara aquella cumbre. Es ahí donde todo cobra sentido y es un gran ejemplo, pues no solamente se sube al volcán con esfuerzo físico, las personas que tratan de hacer cumbre son personas de carácter, con fortaleza espiritual. En donde no importa lo difícil, intentar siempre será la respuesta y lo único seguro es que se llegara a la cima.

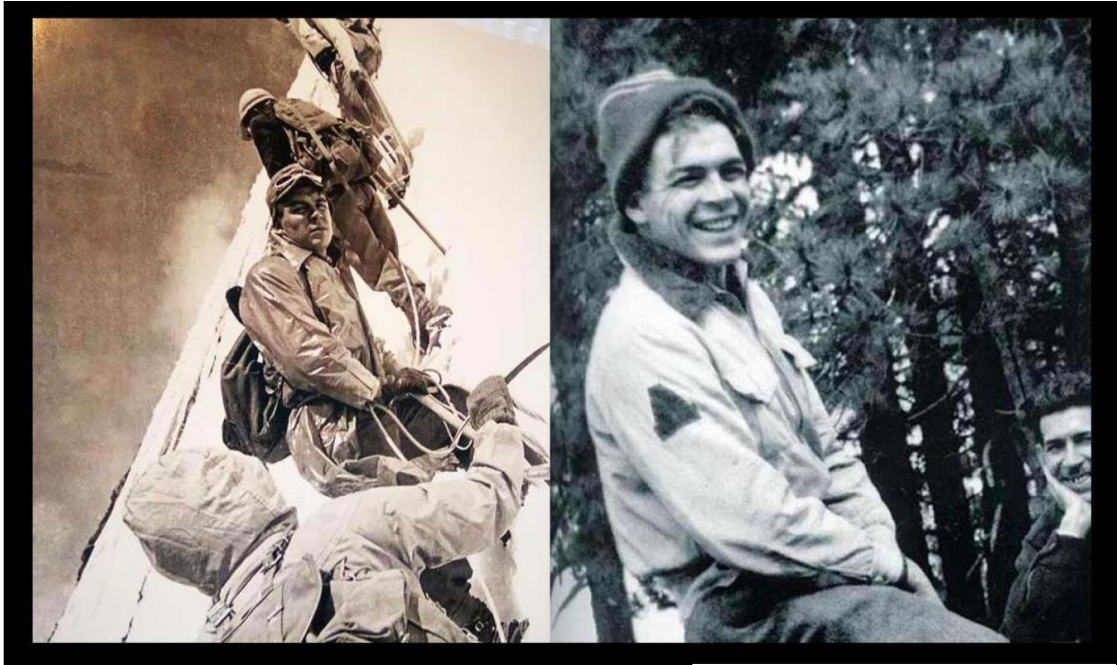


Foto: Retomada del Periódico
Universal de Puebla

Guevara tomó contacto con el doctor León Bessudo y el 12 de octubre de 1955 llegó a la cima. Un año más tarde, ya totalmente integrado al movimiento del 26 de julio, Guevara partió rumbo a las playas cubanas y a la Sierra Maestra, con la revolución como sueño entero.

Grandes artistas se han inspirado en la grandeza de los volcanes mexicanos, en el discurso que emana de sus tierras, en la pureza del aire que corre entre sus matorrales y, sobre todo, en sus amaneceres que roban suspiros y representan un vivo poema de esperanza para los campesinos.

La región de los volcanes tiene muy pocas alternativas laborales que ofrecer a los jóvenes, a pesar de que sus tierras producen cada año cientos de toneladas de productos de excelente calidad. Además, las redes sociales y la misma sociedad han introducido nuevos valores y una perspectiva distinta de ver el mundo. En una lucha constante de identidad, muestra de lo referido lo podemos observar en los medios masivos que han derrotado el idioma náhuatl y los pocos que lo hablan prefieren olvidarlo o negar que lo conocen.

Hace aproximadamente siete años, en la universidad, hice una investigación acerca de la pérdida de la lengua náhuatl en una pequeña comunidad indígena llamada Tetelcingo, donde las mujeres aún conservan su vestimenta típica llamada *Chincuete*.

En esta comunidad hace aproximadamente 18 años el náhuatl era una lengua que estaba presente todos los días. Se podía escuchar a las madres hablando con sus hijos la lengua, también en el transporte público, las mujeres con vestimenta azul marino platicaban entre ellas sin que la mayoría pudiera entender.

Años más tarde, en una secundaria que se encuentra en la misma comunidad se encontró que a los jóvenes no les interesa hablar esta lengua por que se avergüenzan de ella y no les importa aprenderla. Además, comentaban en repetidas ocasiones que no les iba a servir de nada. En conclusión, la lengua náhuatl en Tetelcingo agoniza.

Esta es una anécdota de Tetelcingo, pero en muchos pueblos de México se están extinguiendo lenguas y con esto la identidad de pueblos indígenas se debilita. En Santiago Xalitzintla, sus habitantes más longevos cuentan que hace mucho tiempo se hablaba la lengua náhuatl, pero cuando tenían que hacer algún trámite con respecto a sus tierras, los ignoraban y les decían que no hablaran como indios. Actualmente, la lengua náhuatl ya no existe en ese pueblo.

Datos de cultura indígena en Santiago Xalitzintla:

	2020	2010
Porcentaje de población indígena:	2.36%	4.28%
Porcentaje que habla una lengua indígena:	0.99%	1.78%
Porcentaje que habla una lengua indígena y no habla español:	0.00%	0.00%

Las condiciones nos hacen pensar que un desastre en la región no está por llegar con una posible erupción del volcán, sino que ya ha llegado a través de la devastación ecológica y profundo deterioro económico. Esto repercute en la identidad de este pueblo.

En estas condiciones sobrevive el mundo campesino, proveniente de una larga tradición náhuatl que ha llegado hasta nuestros días debido a su capacidad de mutación. Una tradición que ha sabido permanecer al transformarse a sí misma y adaptándose a nuevas condiciones históricas. La característica más destacada es la que hubo de un culto a la naturaleza manifestada específicamente en una cosmovisión y una ritualidad vinculada con fenómenos atmosféricos que hacen posible la obtención de cosechas.

Las ceremonias y rituales constituyen expresiones culturales mediante las cuales se reconoce y expresa la cosmovisión, ya que a partir de ellas se fundaron vínculos simbólicos con personas o seres divinos y el entorno natural.

No hay que perder de vista que ahora han desaparecido muchos rituales. En una sociedad en la que sólo importa la acumulación de bienes y la superficialidad, es importante que se vuelvan a recuperar, no importa si son pequeños o sencillos, porque lo que dejan en la memoria es un símbolo al cual volver y que recordar de nuevo a nuestros ancestros y los aprendizajes que se han heredado desde muchas generaciones atrás.

En la ceremonia que hacen los habitantes de Xalitzintla a los volcanes conmueve la humanidad, la ternura y naturalidad en el trato que los campesinos han establecido con los volcanes. Sus relatos míticos y sus ritos nos permiten comprender e intentar una relación con la naturaleza que está más allá de su simple utilización como recurso para la producción. Cada procesión que realizan a sus lugares sagrados es una lección de ética y de respeto por el mundo en que vivimos, una muestra de afecto por los antepasados y un gesto de alegría y devoción por la vida.

El camino a *Don Goyo*

El Popocatepetl es hogar de espíritus de la naturaleza. Su importante figura, su altura y posición, lo hacen ser un nexo entre el mundo de los hombres y el cielo. Además, simboliza el centro y la trascendencia, como creen muchos tiempers. Es considerado un nexo entre las entrañas ardientes de la Tierra, inhóspita, y el mundo habitado que se desarrolla en sus faldas.

Muchas personas de distintos pueblos y países se dan cita en Santiago Xalitzintla para ser partícipes de la ofrenda que encabeza el tiempero de esta comunidad. La mayoría de los asistentes se preparan mentalmente para subir, ya que no es fácil.

Todo comienza el 2 de mayo. Llegan de otros pueblos, de otros estados e incluso de otros países con gran entusiasmo a la casa de don Antonio Analco Sevilla, quien siempre con un semblante serio y una mirada fuerte los recibe con calidez y los aloja en su morada tendiendo cobijas en el piso para que puedan descansar unas cuantas horas antes de emprender el camino.

Mi papá y yo nos alojamos en casa de mi abuelita, solamente habitada en fechas festivas y que se encuentra en el paso principal del pueblo, a tan sólo una calle de donde vive el tiempero.

Un día antes, por la noche, visitamos a don Antonio para saber el proceso que debíamos seguir para subir el volcán. Nos dio la bienvenida y pasamos a su hogar, vimos a un grupo de personas sentadas alrededor de una fogata. Hicieron espacio para que los acompañáramos.

La noche se tornaba muy fría. Desde mi lugar pude observar cómo las mujeres comenzaban a atizar los fogones y me percaté del exquisito olor que desprendía el café. Mientras el tiempero nos relataba las experiencias y sueños que había tenido con *Don Goyo*, entre tantas pláticas supimos que esa fogata había reunido a sociólogos, antropólogos, campesinos, artesanos, deportistas, estudiantes y amas de casa. Las edades iban desde los 5 hasta los 78 años y todos estaban atentos a una sola persona: nuestra guía.

La fogata se comenzó a notar cada vez más débil y cada uno de los visitantes nos retiramos a descansar, pues sabíamos que en unas horas nos esperaba un largo camino por recorrer.

Las campanas de la iglesia empezaron a repicar. Son las 4 de la mañana y personas provenientes de Puebla, Jalisco y el Estado de México nos reunimos en la casa de don Antonio. Llevan ofrendas como manzanas, plátanos, guayabas, pan, mole, tortillas hechas a mano, tamales, galletas, yogur, alegrías, uvas, flores de colores, café, pollo con mole y arroz. También llevan un traje y zapatos para vestir la cruz que se encuentra en una zona llamada el ombligo del volcán, aproximadamente a cuatro kilómetros del cráter.

Al frente del domicilio hay un camión de carga, todos con fe y entusiasmo empezamos a subir el *chiquihuite* lleno de alimentos. Posteriormente abordamos al transporte. La organización es: primero ancianos, mujeres, niños y al final hombres. Es imposible sentarse por la cantidad de personas que vamos. El recorrido es de aproximadamente dos horas, entre zangoloteos, golpes de ramas y charlas.

La camioneta llega hasta donde el fango lo permite. En cuanto bajé me envolvieron las fragancias del bosque y el sonido de las aves. Apenas comenzaba a amanecer. Nos miramos todos. Sabíamos que la subida no sería fácil y nos empezamos a preparar mentalmente mientras llenábamos nuestras mochilas con la ofrenda y muy pocos víveres para el camino.

Este trayecto al volcán es una experiencia espiritual y metafórica que requiere de fuerza y dedicación. En el *Popo* cada paso es un reto y una oportunidad para superarse a sí mismo.

Desde la base de la montaña el camino es de tierra, lleno de obstáculos y dificultades. Todos en fila india comenzamos el recorrido; algunas personas toman palos para apoyarse de ellos, otras usan técnicas de respiración para no cansarse demasiado. A cada paso se va sintiendo la presencia de algo más grande que uno mismo, algo que nos impulsa a seguir adelante.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

A medida que se avanza el terreno se vuelve más escarpado y difícil de transitar. Los senderos se van borrando y la subida es cada vez más empinada. Se empieza a sentir el peso de la ofrenda que llevamos en la espalda.

Todos comenzamos a ayudarnos porque el camino es resbaladizo y en algunas partes se tiene que pasar o cruzar por árboles caídos. Después de dos horas caminando por el bosque llegamos a una pendiente. Es ahí donde se marca la entrada a lo que se conoce como el arenal, donde es aún más complicado subir.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Los pies se hunden en el terreno, que no es otra cosa más que material volcánico. Caminamos en fila india y colocamos los pies sobre las huellas de los que marchan

adelante de nosotros, tratar de inventar caminos podría ser peligroso. A la cabeza del grupo va don Antonio, con 78 años, pero a pesar de su edad es muy complicado seguirle el paso.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Las personas que son fieles devotas del volcán comentan que el *Popo* es un dios manso que permite que lo subas, camines encima, lo recorras y respires. No es voluble, y si lo subes con respeto te deja andar sobre él. No importa que no lleves equipo y aunque lo lleves; si no vas con devoción, simplemente no te permite subir.

Esta creencia forma parte de la cosmovisión y tradición cultural de los pueblos aledaños al volcán. Para ellos, las montañas no son simplemente un conjunto de rocas y tierra, sino que son seres sagrados y animados que tienen espíritu y una vida propia. Por lo tanto, al subir una montaña es importante pedir permiso y tener respeto a los guardianes de ese lugar para que permitan el acceso y se aseguren de que se mantenga el equilibrio y la armonía en la naturaleza.

Christian Ávila comenzó a subir al volcán hace aproximadamente cinco años. A sus 30 se dedica a la producción y venta de pan artesanal en Cholula, Puebla. En una charla muy amena con él mientras ascendíamos me regaló un pensamiento que me quedó muy presente: “El aire que sopla indica la presencia del *Popo*. No a todos se nos

presentan físicamente, pero sí nos reciben con los brazos abiertos. Se siente la vida del volcán, la compañía del guardián”.

En cuanto llegamos al arenal empezó a llover. Era una lluvia densa, pesada. Volví la cabeza al cielo y los ojos me empezaron a arder, pues la lluvia venía acompañada de cenizas. De pronto, la tierra se movió y el volcán expulsó un sonido, “El rugir”, le llaman los locales. Algunos comenzaron a aplaudir, otros esbozaron una sonrisa en el rostro, pues *Don Goyo* nos estaba dando la bienvenida, y ¿qué mejor que con lluvia?



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El arenal se compone de dos partes. La primera es una pendiente que da la entrada a este lugar y luego continúa una parte totalmente plana. La vista desde este punto es majestuosa; estás entre las nubes y la tierra. Aquí puedes ver cómo el Sol se pone en el horizonte, iluminando las nubes con tonos naranjas y rojos, mientras el Popocatepetl se alza majestuoso en el fondo. Es como si el volcán fuera un altar y nosotros fuéramos los oferentes. Desde este sitio aún queda mucho camino por recorrer.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

La pendiente que continúa es la más empinada. Los pies se hunden en esta arena gruesa y áspera. Es difícil mantener el equilibrio y caminar sin resbalar. Es una experiencia realmente desafiante. La sensación de andar sobre material volcánico y estar rodeado de un paisaje único es un encuentro inolvidable. Te vincula en una conexión con la naturaleza y la Tierra.

La sensación de pequeñez ante tal volcán es única. Te llenas de humildad, respeto, asombro y maravillas de su grandeza y complejidad. Pero, por otra parte, te sientes vulnerable ante su fuerza y la imprevisibilidad de lo que pueda pasar. La sensación de estar en contacto con una montaña llena de energía genera un sentido de pertenencia e identidad al Popocatepetl.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El tiempo juega un papel muy importante en la estructura tradicional, pues el núcleo originario de esta función importante que desempeña el conocido del tiempo es la revelación onírica.

En el caso de los sueños de los tiempoeros, la ausencia de la voluntad no es vista como una ausencia, sino como una sustitución. La voluntad personal es sustituida por la divina que le revela ciertas verdades y encomienda ciertas tareas que han de inducirlo a cumplir un destino.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

La ofrenda consiste en frutas como mangos, plátanos, melones, manzanas, naranjas, guayabas, uvas y no pueden faltar las sandías, que representa la lava del volcán. También hay alimentos como pollo con mole, pan, yogurt, tortillas, dulces, leche, café y tequila. En el ritual que se lleva a cabo también se utilizan flores de colores. Las blancas se dejan en el altar de don Antonio porque en la montaña atraen el granizo. Es importante no olvidar las veladoras, el copal y el sahúmador.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Cada uno de los que ofrenda acomoda lo que llevan al pie de la cruz. Lo hacen con mucho cariño y respeto. Algunos dejan alimentos, que es lo más común; otros tantos dedican su esencia y lo plasman con algo físico, muchas veces es cabello o prendas. En ocasiones llevan a sus bebés y los presentan frente al volcán. Cuando terminan de presentar las ofrendas nos inclinamos. Algunos juntamos las manos en oración, otros colocan la frente en el suelo. Ellos dicen que es para estar más conectados con la Tierra y el *Popo* y comenzamos con las plegarias.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El tiempiero comienza a sahumar la cruz y los alimentos. Se hinca a nuestro lado y en voz alta pide la lluvia para todos los campesinos de Santiago Xalitzintla y de los pueblos hermanos. Ruega por la salud de los presentes, para tener la fuerza de volver el próximo año y también hace una súplica por la compasión de los mayordomos para que pueda llegar a nuevos acuerdos con ellos.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

La conversación de don Antonio con el volcán tiene un tono de humildad, acompañada de firmeza y voluntad. Conmueve ver a todos inclinados pidiendo a una montaña por las cosechas. La fuerza y nobleza en sus rostros es una manifestación de lucha diaria por mantener sus cultivos y asegurar su sustento.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Cada caminata que los campesinos realizan a sus lugares sagrados es una lección de ética y de respeto por el mundo en el que vivimos, una muestra de afecto por los antepasados y un gesto de voluntad, alegría y devoción por la vida.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Cuando termina la oración todos conviven y platican con los compañeros, aún arriba de la montaña. A lo lejos se alcanza a ver un grupo de 50 personas o más que cargan canastas llenas de alimentos. Ese momento es el aviso para comenzar a descender, pues los que se ven son los mayordomos, quienes no llevan una buena relación con el tiempere. Por ese motivo es que en el altar del Popocatépetl se aprecian dos cruces.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Cuando pasamos a su lado se ve que llevan grandes cantidades de comida y bebida, no sólo para la ofrenda, también para consumo personal. Hay músicos que cargan sus instrumentos: tubas, tambores y trompetas. Los mayordomos no cruzan palabra ni mirada con el tiempereo, los dos grupos pasan sin interacción alguna. Esta situación se debe a que en la ceremonia del tiempereo no se permiten bebidas alcohólicas, ya que es un ritual meramente energético y espiritual. Por el contrario, el festejo de los mayordomos consiste en beber y bailar en el *Popo* después de colocar la ofrenda.

Bajar el volcán es igual de difícil. Los pies se resbalan fácilmente, la fatiga, el cansancio y la falta de concentración pueden ser peligrosos. Por fortuna, dentro del grupo todos se mantuvieron enfocados y alertas durante el viaje. Muy a menudo se escucha que los especialistas en montañismo dicen que “la cumbre es sólo la mitad del camino”, y cuando descienes estas palabras cobran sentido.

El tiempereo sólo toma un descanso en la parte más plana del terreno. Doña Inés saca de su *ayate* tortas de frijol y las reparte al grupo. Todos sentados en el piso, formamos un círculo y don Antonio comienza a hablar. Se muestra lleno de alegría, hace bromas y en el grupo se percibe un semblante de gratitud hacia la montaña y nuestro guía que nos acompaña y está pendiente de nosotros en todo momento.

La hermandad se hace presente, las pocas personas que llevan algún alimento lo comparten con el de al lado, son totalmente desprendidas de lo material, las conversaciones que aportaban eran sobre siembra, animales, el cuidado de la naturaleza, pláticas que en estos tiempos son muy esporádicas y raras de escuchar.

Xóchitl es una mujer de 30 años que formaba parte del grupo. Iba acompañada por sus dos hijos, León y Tonali, uno de 5 años y el otro de siete. En una conversación que tuvimos en el descenso comenta que sus hijos no acudían a la escuela porque no le agradaba el sistema educativo que se tenía en México, y ella personalizaba el proceso de aprendizaje al educarlos. Además, también permitía una mayor flexibilidad en cuanto al ritmo de aprendizaje, la selección del contenido y programar su educación. En ese momento me di cuenta de que estaba en una travesía no sólo para subir una montaña, sino que también mi pensamiento se estaba deconstruyendo para incorporar y, sobre todo, respetar nuevas ideas.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

El camino al Popocatepetl me deja grandes enseñanzas. La principal es la hermandad y la relación muy cercana y solidaria que se establece entre las personas que trabajan la tierra y componen una forma de vida, valores comunes e ideología que hacen posible una conexión con la naturaleza.

Al llegar donde nos espera la camioneta para volver al pueblo, todos vuelven a acomodarse de la misma manera que veníamos. Se nota el cansancio en los ojos de

cada uno. Cuando llegamos a Xalitzintla las cocineras nos esperan en la casa del tiempero con arroz, frijoles y tortillas calientes. Nos sentamos a la mesa. La mayoría permanece en silencio, pues estamos concentrados solamente en comer esta delicia. Conforme pasan las horas los que viven en el pueblo se retiran a descansar. Los demás dan una vuelta al kiosco y vuelven a la casa de don Antonio. Sabemos que aún hay un gran camino que recorrer al día siguiente, pues Iztaccíhuatl nos espera.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Un viaje a *Doña Rosita*

Para los pueblos originarios de la región el volcán Iztaccíhuatl es considerado una deidad y se le atribuyen características maternas que simbolizan la fertilidad y la protección. De hecho, el nombre Iztaccíhuatl significa “mujer blanca” en náhuatl, la lengua de los antiguos mexicanos.

Podemos compararlo con la Madre Tierra debido a su papel fundamental en la vida de las comunidades que lo rodean, pues es fuente de vida y riqueza. Su fertilidad es vital para la agricultura, la ganadería y otras actividades económicas de las regiones aledañas. Además, el volcán es un hogar para una gran variedad de flora y fauna.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Conexión con la naturaleza

Es 2 de mayo y comienza a anochecer en el pueblito enclavado en las majestuosas montañas, guardando tesoros ancestrales que han sido transmitidos en cada generación. Para las personas que no están acostumbradas a las bajas temperaturas suele ser un reto dormir en esta zona, pues conforme cae la noche las estrellas se empiezan a notar

y el clima se torna helado y no se puede esperar más. Con los dos volcanes nevados alrededor es imposible no sentir las secuelas del frío.

Son las primeras horas del 3 de mayo. A las 4 de la mañana nos preparamos para ascender al majestuoso Iztaccíhuatl. Nos reunimos justo en frente de la casa del tiempero. Al igual que el día anterior, preparamos las ofrendas para subirlas a la camioneta. Ahora es más fácil y rápido salir a tiempo, pues todos sabemos la dinámica.

El recorrido dura una hora y media. A pesar de nuestro entusiasmo compartido, todos nos sentimos cansados. Nuestras piernas resienten el esfuerzo del día anterior. Tratamos de acomodarnos sentados, pero es imposible. Solamente algunas personas que van al frente gozan este privilegio.

Cuando llegamos al volcán me impresionó lo diferente que es del Popocatepetl. En algunos libros había leído que las montañas tenían género por sus distintas características, pero al estar allí me di cuenta de que era verdad, esta montaña, a diferencia de la otra, era abundante y en cada lugar en donde fijabas la mirada se podía apreciar naturaleza verde y frondosa.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Andar por los caminos del Iztaccíhuatl es una experiencia cautivadora y llena de desafíos. Una vez que descargamos la ofrenda de la camioneta y la cargamos en nuestras espaldas nos adentramos en nuestra travesía ascendente hacia las alturas. El

paisaje que nos envuelve es simplemente asombroso, decorado con majestuosos pinos y cascadas que embellecen nuestro paso.

El sitio sagrado de la Iztaccíhuatl se encuentra a una altura semejante a la del ombligo del Popocatépetl, unos 4 mil 300 metros sobre el nivel del mar. El camino es poco menos pesado que en el *Popo*, pues las pendientes son menos pronunciadas y no se atraviesan zonas de arenales. Aquí, todo el tiempo se camina por el bosque, siguiendo durante buena parte del trayecto el curso de un arroyo de agua cristalina que corre por encima y por debajo de la tierra.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Antes de llegar a la última pendiente se atraviesa un claro donde se escucha el suave murmullo del agua bajo los pies. Algunas rocas planas que se dispersan en este pequeño valle han dado lugar al nombre de "los lavaderos de La Volcana". Estos y otros detalles revelan que la relación con la Iztaccíhuatl tiene un carácter más familiar de la que se tiene con el Popocatépetl. Para los lugareños, *Rosita* o *Manuelita* es la Madre Montaña, y este vínculo se expresa con un tono afectuoso con el que tanto hombres como mujeres se refieren.

Esta conexión especial también se manifiesta en los obsequios que se ofrecen y que muestran una mayor intimidad de las mujeres con la montaña. A lo largo del camino, se pueden apreciar sujetadores, faldas, bragas, pendientes, así como zapatos y vestidos colgados de los árboles. Estos regalos "de lujo" no son prendas que las propias

campesinas suelen usar en su vida cotidiana. De manera similar, los campesinos ofrecen a *Gregorio* "un traje de licenciado" que ellos nunca han utilizado.

Por eso muchos campesinos dicen que Iztaccíhuatl es como una mamá que te da la bienvenida con el cantar de los pájaros, el color de sus flores y con la abundancia del agua que de ella emana.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Las personas que participan en esta ofrenda experimentan una conexión profunda con la naturaleza y un respeto que viene de tiempos inmemorables. Esta tradición implica no solo honrar y conocer los lugares más increíbles de la montaña, sino también apreciar la inmensidad de la naturaleza lejos de sus hogares.

A medida que avanzamos podemos sentir cómo desciende la temperatura y el aire se vuelve fresco y cristalino. El terreno es resbaladizo, cubierto de lodo en la mayor parte del camino. Sin embargo, a diferencia del Popocatepetl, el Iztaccíhuatl nos recibe con una generosidad materna.

Contemplantarlo nos sumerge en una experiencia que va más allá de las palabras y nos conecta con lo eterno. Nos invita a reflexionar sobre nuestro lugar en este vasto cosmos y nos recuerda la importancia de preservar y valorar la naturaleza que nos rodea.

Tal y como lo describió Amado Nervo en su poema *Iztaccíhuatl*, resalta la figura emblemática del volcán y su conexión con la historia y el amor:

Iztaccíhuatl, volcanes hermanos, tesoros de la madre naturaleza, sois testigos de la grandeza humana, y de la fragilidad de nuestra existencia.

En vuestras faldas crece la vida, los bosques, las flores y los ríos cantan, y en cada suspiro de vuestro viento, se escucha el eco de la creación.

Iztaccíhuatl, eterna y majestuosa, mi corazón tarde al compás de tu voz, y en tus cumbres encuentro la paz, que solo la naturaleza me otorga.

A esta montaña suben más pueblos que al Popocatepetl. Son de Morelos y Puebla, pero sólo los de Xalitzintla, Ozolco y Nealtican llegan al punto más alto donde se rinde tributo. La caminata es larga; en ocasiones tomamos pequeños descansos de cinco minutos y continuamos, pues debemos llegar a tiempo. Nadie de nuestro grupo puede quedarse atrás, ya que los de otros suben a puntos distintos.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Los caminos son rocosos y en ocasiones las personas se tienen que ayudar entre sí para poder subir. A la ofrenda no solamente acuden adultos, pues muchas mujeres llevan a sus niños cargándolos en rebozos. Algunos infantes más grandes suben como pueden; en ocasiones se quitan los zapatos para tener un mayor agarre.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Al arribar a donde dejamos la ofrenda el paraje es de una belleza sorprendente: un bosque de pinos donde florecen intensos amarillos de las flores del azomiate y sutiles rosas y violetas. Allí, se abre un espacio donde se levanta una enorme pared rocosa llena de pequeñas cavidades, un alto muro de piedra volcánica manchado por todas partes con los frescos verdes del musgo. Desde ahí salta una cascada de agua helada que cae sobre las rocas.

Comienza a escucharse el canto de "Huey Tonantzin". La piel se eriza ante la imagen de la cruz de *Doña Rosita* junto a la cascada, que realmente posee un aura mágica. En el lugar se encuentran tres cruces, y cada grupo se encarga de atender la que le corresponde.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Nuestra caravana seleccionó a tres personas para subir y vestir las cruces. Me llenó de orgullo formar parte de algo tan importante para la comunidad. Primero, me entregaron el fondo de color rosa y comencé a colocarlo. Luego un hermoso vestido azul. Después puse aproximadamente cinco collares como accesorios. Entre ellos había uno con la imagen de la Virgen de Guadalupe. También había rosarios. Los aretes eran largos y de color negro. Finalmente completé el atuendo con una rosa colocada a un costado.



Foto: Baltazar Sevilla

La sensación de vestir la cruz de la volcana es mística, pues establece un acto de profunda conexión con la montaña y todo lo que representa. Como símbolo cristiano, la cruz encarna la fe y la protección divina. Es un recordatorio constante de la presencia de lo sagrado y se convierte en una manifestación física de nuestra conexión espiritual con la montaña.

Sientes simbólicamente la presencia de Iztaccíhuatl, es como si la montaña te envolviera en su energía y te concediera fuerza y protección. Es un momento de rendición y entrega, en donde te abraza y te permite ser tocado por su espíritu.

Al vestir la cruz experimentas una profunda sensación de humildad y reverencia. Reconoces la majestuosidad y el poder de la montaña sintiéndote parte de algo más grande que tú mismo. Es un momento para dejar de lado el ego y sumergirte en la trascendencia espiritual. Además puedes conectar con tus ancestros, estableciendo un encuentro entre lo terrenal y lo sagrado donde tu ser se entrelaza con la esencia mística de ese lugar.



Foto: Baltazar Sevilla

Después de los rezos el tiempiero entra a una pequeña cueva al costado de la cascada. Deposita las ofrendas que le vamos pasando. Al igual que al Popocatépetl le entregamos mole, pollo, arroz, tortillas, manzanas, plátanos, guayabas, uvas, mangos, nueces, naranjas, alegrías, yogurt, galletas, chocolates, etcétera.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Mientras el tiempiero está dentro reza y acomoda los alimentos. Pareciera que se encuentra en el oído de una deidad, de una diosa montaña que escucha pacientemente

las peticiones de los fieles. Después de dejar la ofrenda, don Antonio continúa el ritual, pero esta vez debajo de la cascada de agua helada.

Ahí deposita una sandía partida por la mitad y utiliza una jícara para aventar el agua de la cascada hacia afuera, como si estuviera regando los pueblos que se encuentran en las faldas de las montañas. Pide que lleguen lluvias benéficas para las cosechas de los campesinos. Todos lo miramos con asombro, devoción y fe, mientras la cascada se comienza a agitar.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Cuando concluye el ritual algunos espectadores, imbuidos en una sensación de renovación y conexión con lo sagrado, se desvisten para entrar en las aguas de deshielo, consideradas muy saludables, porque prometen purificar tanto el cuerpo como el espíritu.

Después de una emocionante y enriquecedora experiencia, nos despedimos con melancolía de la imponente Iztaccíhuatl. Sus majestuosas cumbres y su misteriosa aura nos han cautivado durante nuestra estancia. A medida que nos alejamos llevamos con nosotros recuerdos imborrables y una profunda admiración por la belleza y la fuerza de la naturaleza que este volcán encarna.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Durante nuestro descenso hacemos una pausa en un pequeño llano que se encuentra en el camino. "El Venado" coloca en el centro del lugar una varilla adornada con listones de diversos colores en la parte superior. A los participantes nuevos o aquellos que no hayan danzado antes, se les indica que tomen un listón. Cuando el tempero comienza a tocar la armónica bailamos, entrelazando los listones mientras seguimos el ritmo de la música, creando un tejido multicolor en el proceso.

Los trece listones de colores que cuelgan de la varilla, según el tempero representan el arcoíris, el equilibrio y la armonía entre el Sol y la lluvia, entre el calor y la sequedad con el frío y la humedad. La danza de la varilla, es una representación simbólica de las dos fuerzas cósmicas que gobiernan la vida de los pueblos agricultores, alternando entre periodos de lluvia y sequía.



Foto: Marbeth Sevilla Valdivia

Continuamos el descenso con el espíritu pleno pero con muy poca energía. Muchas personas de mi grupo se lastimaron debido a la resbaladiza ruta. La camioneta nos esperaba y todos compartían sus anécdotas sobre la subida a la montaña y entablaban animadas conversaciones.

Al llegar a la casa del tiempero se repitió la dinámica del día anterior: nos ofreció comida, pero esta vez nos tomamos el tiempo para conversar, conscientes de que nuestra aventura juntos estaba por terminar. Cuando llegó el momento de despedirnos, nos abrazamos fraternalmente y no es para menos. Fuimos testigos de algo maravilloso durante dos días: subimos a las montañas hombro a hombro sin dejar a nadie atrás. Cuando alguien tropezaba siempre había dos personas dispuestas a ayudarlo a levantarse. Cuando la mente nos decía que ya no podíamos más, había una voz que nos animaba a seguir, recordándonos que éramos capaces. Compartimos nuestras historias de vida y sueños en el camino y también intercambiamos alimentos sin siquiera conocernos.

Nos despedimos, pero cada uno de nosotros sabe la complicidad que se formó en los volcanes. La montaña deja secuelas: moretones, cansancio, pero sobre todo subir a *Don Goyo* y *Doña Rosita* nos deja grandes enseñanzas. Aprendemos a no rendirnos, a seguir adelante a pesar de las dificultades, el valor de la humildad y a encontrar gratitud en cada paso que damos. Estas montañas también nos conectan profundamente con nuestras costumbres, nos hacen sentir orgullosos de nuestra herencia indígena. Nos muestran la belleza de conocer nuestras raíces y honrar la memoria de nuestros antepasados, siguiendo sus rituales, amando la tierra que nos alimenta y pidiendo al cielo cosechas a cambio de nuestro esfuerzo en la Tierra.

A manera de conclusión

Desde muy pequeña me ha interesado la historia, los usos y costumbres de los pueblos indígenas. Comencé a estudiar en una primaria en Tetelcingo, Morelos, un poblado que en aquel entonces era muy rico en ellos. Las mujeres aún utilizaban la vestimenta típica de sus ancestros y también hablaban el náhuatl. Durante esa época niños y niñas que veníamos de otros estados, e incluso de otros pueblos de Morelos, se burlaban de los que hablaban náhuatl.

Pasados unos años mi madre nos llevó junto con mis hermanas a clases para aprender esta lengua con una maestra de kínder que vivía cerca de nuestra casa. Nos enseñaba sobre esta cultura, canciones y nos llevaba a concursos en Cuernavaca. Teníamos que usar *huipiles* y llevar *chiquihuites* atados con rebosos sobre nuestros hombros. Comenzábamos a cantar en náhuatl y a bailar. Nuestro baile consistía en arrojar semillas en los surcos de tierra, luego las cubríamos con nuestros pies.

Fue ahí donde se despertó mi pasión por los pueblos indígenas. Con el tiempo, a medida que comprendía un poco más sobre sus costumbres, analizaba lo que ocurría dentro del pueblo de origen de mi padre, Santiago Xalitzintla, donde la mayoría de las personas se dedican a la agricultura. Sin falta, cada julio, visitaba esta región quedando sorprendida por la amabilidad y fraternidad de su gente. A lo largo de los años conocí aún más las tradiciones en esta comunidad.

En el CCH Azcapotzalco cursé durante un año la materia de antropología. Con cada clase comprendía más lo que sucedía en los dos territorios a los que había estado expuesto durante mi infancia y en la actualidad. Al ingresar a la universidad recuerdo haber realizado una investigación sobre la pérdida del náhuatl en Tetelcingo y confirmé que la lengua agonizaba. Solo una persona en toda una secundaria era capaz de entender el náhuatl, pero ya no lo hablaba. En ese momento me di cuenta de que una parte de la identidad de México se estaba perdiendo.

Así es como comencé a escribir este reportaje que habla de mi identidad y de la historia de mis antepasados. También destaca las cosas maravillosas que hacen en beneficio de la humanidad. Es crucial acercarnos y ser conscientes de las costumbres y

tradiciones que existen en nuestros pueblos. Es importante aprender a respetar a nuestros ancestros y conocer nuestra historia. Como dijo Napoleón Bonaparte: "Aquel que no conoce su historia está condenada a repetirla". Llevamos en nuestras venas años de Conquista, Independencia y Revolución. Es esencial participar en al menos una tradición de México para que no desaparezcan.

A pesar de haber visitado Santiago Xalitzintla aproximadamente dos o tres veces al año desde que tenía 3 años, nunca había entablado conversación con el tiempiero de esta comunidad ni había asistido a uno de sus rituales. Sin embargo, cuando finalmente tuve la oportunidad de ir fue una experiencia completamente increíble. Me impresionó ver cómo personas de otros países tenían un gran interés por conocer acerca del pueblo y de las actividades de su gente.

Conforme me adentré en la investigación me percaté de que muchos autores se impresionan con la tradición de Xalitzintla, como Julio Glockner, quien frecuentemente sube a los volcanes para rendir tributo y escribe cada una de las cosas que le pasan en los viajes, sus escritos ayudan a que esta tradición no muera.

La investigación de campo y documental planificada desde el inicio de este proyecto se ha llevado a cabo de manera satisfactoria. Ambas metodologías se complementan entre sí, aunados a mi preparación para ser periodista en la Facultad de Estudios Superiores Aragón, lo que ha resultado en un trabajo exhaustivo que presenta grandes aciertos en cuanto a la información recopilada. Este trabajo será de gran utilidad tanto para aquellos que ya están familiarizados con el tema como para los que se introducen en él.

Por otro lado, el hecho de no tener expectativas previas contribuyó a aumentar mi fascinación y admiración durante este viaje. Las personas, los rituales, los volcanes y los paisajes majestuosos, las flores y los animales me brindaron una de las mejores experiencias de mi vida. Subir un volcán activo te brinda lecciones y sensaciones únicas que solo puedes experimentar al realizar esta travesía.

Más que reportaje, el éxito está en el viaje, la vivencia, ya que en mi primera vez que subí al *Popo* fui recibido con una lluvia de ceniza. Además, sentí cómo la tierra

vibraba bajo mis pies cuando emitió un fuerte sonido y arrojó una fumarola. Muchos me comentaron que era poco común ser recibido de esa manera, así que me sentí afortunada. Todas las personas con las que viajé fueron extraordinarias, su estilo de vida me sorprendió al igual que sus ideas. Tenían a México y al pueblo tatuados en su sangre.

La atmósfera que se respira en esta comunidad es de respeto y las personas tratan muy bien a los que vienen de lejos. Este viaje resultó sumamente enriquecedor, ya que aprendí cómo hacer una ofrenda a los volcanes y también sobre técnicas de respiración para poder llegar a la cima. En mi segundo ascenso Iztaccíhuatl tuve el honor de ser elegida para vestir a *Doña Rosita*, lo cual fue un momento realmente mágico, ya que realicé algo de gran importancia para los campesinos.

Esta tradición debe ser contada, vivida y conocida por todas las personas que vivimos en la periferia del volcán. No sólo es una tradición enriquecedora, sino que también debe persistir a pesar de los desafíos que los años traen consigo. El tempero de esta comunidad heredó su don de sus antecesores, pero ahora los hijos de don Antonio no viven en el pueblo ni se dedican al campo. Esta comunidad se debilita cada vez más en cuanto a sus tradiciones e incluso han perdido su lengua originaria.

La mejor forma de apoyar la causa de los movimientos indígenas y sus tradiciones es estar informado sobre lo que sucede y lo que deja de ocurrir en relación con ellos. Debemos revisar la historia de México, la geografía de nuestros pueblos originarios y apoyar nuestros usos y costumbres. Cuidemos nuestro país y, sobre todo, respetémoslo, ya que no merece menos.

Fuentes de consulta

Bibliográficas

- Aguirre Gonzalo. (1963). *Medicina y Magia: El proceso de aculturación en la estructura colonial*. Instituto Nacional Indígena (colección antropológica social), México, pp. 443.
- Botero, F. y Endara, L. (2000). *Mito, Rito, Símbolo. Lecturas antropológicas*. Instituto de Antropología aplicada.
- Broda Joanna. (1997). *Cosmovisión y metodología Indígena de Mesoamérica*. El Colegio Mexiquense A,CV, México.
- Broda Johanna.(2017).*La fiesta de Atlcahulo y el paisaje ritual de la cuenca de México*.Instituto de Investigación Historica, Univesidad Nacional.
- Cervantes, F. (2004). *La Crónica de la Nueva España*. Porrúa.
- Durkheim, E. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa* (1ra ed. en español). Fondo de Cultura Económica.
- Eliade, M. (1957). *Lo sagrado y lo profano*. Paidós Orientalia.
- Glockner Julio. (1996). *Los volcanes sagrados: Mitos y realidades en el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl*. Punto de lectura, México, p.p.4-92
- Glockner, J. (1999). "Pedidores de lluvia del altiplano central mexicano". *Scripta Ethnologica*, 21. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas . 133-140 <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14818345008>
- Iwaniszewski, Stanislaw, Johana Broda. 2001. *Y las montañas tienen género. Apuntes para el análisis de los sitios rituales en la Iztaccíhuatl y el Popocatépetl en La Montaña en el Paisaje Ritual*. UNAM, CONACULTA, INAH, México, pp. 113-148.
- Martínez Roberto, De la Maza Rocío, (2011). *Indios, Graniceros y Hechiceros, cuatro documentos coloniales sobre meteorología y prácticas de rituales*, Instituto de Investigación Históricas UNAM, México, pág.165

- Paz Octavio. (1972). *Paisaje y novela en México*. En Corriente alterna, Siglo XXI, México, p.p.16-18
- Ricard, R. (1986). *La conquista espiritual de México Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*. Fondo de cultura económica. (2da edición, trad. Garibay, A.) Fondo de Cultura Económica.
- Sartre, JP. (1946). *Existencialismo es un humanismo*. UNAM.
- Stresser- Péan, G. (2005). *El Sol Dios y Cristo, la cristianización de los Indios en México vista desde la sierra de Puebla*. Fondo de Cultura Económica.
- Vetancurt, A. (1870). *Teatro Mexicano: descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*. Porrúa.
- Virginia Gonzales María. 2016. *Agroecología, saberes campesinos y agricultura forma de vida*. Universidad Autónoma de Chilpancingo, p.30.
- Yarza, E. (1992). *Los volcanes de México* (cuarta edición). Universidad Nacional Autónoma de México.

Artículos de Revistas

- Broda Johana. (1982). *El culto mexicana de los cerros y el agua*. Multidisciplinaria, 3(7),p.p.13.
- Broda, Johana. (1996). Paisajes rituales del Altiplano central, *Arqueología Mexicana*,4(20), p.p. 40-49
- Glockner, Julio. (1999). *Asi en la tierra como en el cielo*. Consejo de Investigación Científico y Tecnicas, México, p.p. 133-140
- López Alfredo. (1967). *Cuarenta clases de magos del mundo náhuatl*, *Estudios de la cultura Nahual*, 7, pág. 90
- Marcial, Juan. 1996. *Popocatépetl. Vivir en riesgo*. Ciencias, núm. 41, pp. 50-55.
- Rivera Mariana. (2012). *Solo venimos a dormir, solo venimos a soñar*. Maguaré. 26(1), p.p.165.

Documentales

- Miquirray Juan. (2021). *El Popo y el Iztaccíhuatl los guardianes del agua*. [Documental, video online]. Sistema Público de Radiodifusión del Estado de México. <https://www.youtube.com/watch?v=3v4Wt8vbA1U>
- Paz Jimena, (2019). (Directora). *Misioneros del temporal*. [Documental, video online]. Crespial. <https://www.youtube.com/watch?v=UZWgOJbdAd8&t=120s>
- Sedano Diego. (2002). *El volcán que escucha*. [Documental, video online]. Clío TV. <https://www.youtube.com/watch?v=1oBi3MoAGeU&t=8s>
-

Fuentes vivas

- Antonio Analco Sevilla – Tiempero de Santiago Xalitzintla Puebla
- Ascensión Paula, habitante de Santiago Xalitzintla.
- Cristian Ávila, habitante de Santiago Xalitzintla
- Mateos Guadalupe, habitante de Santiago Xalitzintla.
- Reyes Bolaño Janet Elizabeth, Licenciada en Historia por la UNAM.
- Rodrigo de la Cruz Caro, Presidente Auxiliar de Santiago Xalitzintla.
- Jaime Popoca Coatl

Páginas de internet

- BBC News Mundo. 04/07/2018. *Volcán de Fuego: 10 de los volcanes más peligrosos de América Latina*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-44357073>.
- CENAPRED. 21/12/2018. 24 años de actividad eruptiva del Volcán Popocatepetl: <https://www.gob.mx/cenapred/articulos/24-anos-de-actividad-eruptiva-del-volcanpopocatepetl>.

- De la Fuente, B. (2003). La vejez en el arte de Mesoamérica. *Arqueología Mexicana*. Marzo-abril (60). (s/p). <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/la-vejez-en-el-arte-de-mesoamerica>
- Encuesta Nacional de Vivienda. (2013). *El Popocatepetl: una amenaza latente*. [Conjunto de datos]. Parametría [Editorial]. Recuperado de: <http://www.parametria.com.mx/estudios/el-popocatepetl-una-amenaza-latente/>
- Espinasa, R. (2014). *Historia de Actividad del volcán Popocatepetl 17 años de erupciones*. Secretaría de Gobernación. Centro Nacional de Prevención de Desastres. <https://www.cenapred.unam.mx/es/Publicaciones/archivos/225-HISTORIADELAACTIVIDADDELVOLCNPOPOCATPETL-17AOSDEERUPCIONES.PDF>
- INEGI. (2020). Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de [https://www.inegi.org.mx/app/cpv/2020/resultadosrapidos/default.html?texto=San tiago%20Ixcuintla](https://www.inegi.org.mx/app/cpv/2020/resultadosrapidos/default.html?texto=San%20tiago%20Ixcuintla)
- Mejía Manuel. (2023). *La naturaleza inspira, ¿Alguna duda?*. <https://www.naturalezayliteratura.com/la-naturaleza-inspira-alguna-duda-2/>
- Martín Del Pozzo, A., Alatorre, M., Arana, L., Bonasia, R., Capra, P., Cassata, W., Córdoba, G., Cortés, J., Delgado, H., Ferrés, M., Fonseca, R., García, J., Gisbert, G., Guerrero, D., Jaimes, M., Macías, J., Nieto, J., Nieto, A., Paredes, P.,... Téllez, E. (2017). *Monografías, Instituto de Geofísica. Estudios geológicos y actualización del mapa de peligros del volcán Popocatepetl. Memoria técnica del mapa de peligros del volcán Popocatepetl*. Universidad Nacional Autónoma de México. https://www.geofisica.unam.mx/recursos/docs/editorial/IGEF_monografias_22.pdf
- Navarrete, F. (2008). *Los Pueblos Indígenas de México. Pueblos Indígenas del México Contemporáneo*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/353/monografia_nacional_pueblos

[_indigenas_mexico.pdf;jsessionid=41EC8853A110E0DD50BABB8BC4C6E540?
sequence=1](https://www.indigenas_mexico.pdf;jsessionid=41EC8853A110E0DD50BABB8BC4C6E540?sequence=1)

- Rodríguez, E. (2022, 06 de julio). VIDEOS. Las 5 explosiones más impresionantes del Popocatepetl. El Universal Puebla. Consultado el 20/09/2022

<https://www.eluniversalpuebla.com.mx/estado/videos-las-5-explosiones-mas-impresionantes-del-popocatepetl>

- Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. (2013). *Programa de Manejo de Iztaccíhuatl Popocatepetl.*

https://simec.conanp.gob.mx/pdf_libro_pm/87_libro_pm.pdf

- Velasco, M. y Salanueva, P. (03 de mayo de 1996). Hallan sin vida a los 5 alpinistas perdidos en el Popocatepetl. *La Jornada.*

<https://www.jornada.com.mx/1996/05/03/POPO000-PG.html>

- Yarza, E. (2003). “Los volcanes del Sistema Volcánico Transversal”. *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía, UNAM*, (50). 220-234. <https://www.scielo.org.mx/pdf/igeo/n50/n50a18.pdf>